CUADERNOS
historia 16

Felipe II

Geoffrey Parker



201

175 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.

DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.

IMPRIME: TEMI.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



Grabado de Felipe II

Indice

FELIPE II: EL HOMBRE Y EL REY

Por Geoffrey Parker
Historiador.
Universidad de Illinois, EE.UU.

Felipe II: el hombre y el rey

Geoffrey Parker (1)
Historiador. Universidad de Illinois, EE.UU.

FELIPE II siempre ha tenido mala prensa. Muy pocos de sus coetáneos fuera de España tenían algo bueno que decir sobre él y en gran medida la opinión histórica ha estado basada —y todavía lo está en muchos casos— en las críticas adversas publicadas por la gente de su época. Quizá la más condenatoria e influyente de todas sea la que realizó uno de sus propios ministros, tras su caída del poder: las *Relaciones* de Antonio Pérez (publicadas por primera vez en Pau en 1591 y en una versión ampliada en París en 1598). Era una colección de documentos y comentarios relativos a Felipe II, que constituía un retrato del rey muy poco halagador, pero convincente.

En el memorándum real que publicó Pérez, éste censuraba las acciones del rey, mostrándole como un tirano mezquino, vengativo y obcecado. Este material, auténtico en apariencia, no tardó en introducirse en otros estudios sobre el rey y su época.

Hace cincuenta años se demostró de forma concluyente que Pérez había falsificado algunas partes (al menos) de sus documentos. Al comparar unos originales que se acababan de descubrir con el material publicado por Pérez se vio claramente que casi todos los párrafos que calumniaban al rey habían sido interpolados. Las *Relaciones* se desacreditaron por completo como fuente histórica. Pero desafortunadamente para la reputación de Felipe II, no bastaba con deshacerse de las insinuaciones maliciosas, aunque bien informadas de Pérez. Había otros muchos críticos influyentes, como el príncipe Guillermo de Orange, jefe de la república holandesa. Este, en su obra *Apología,* publicada en 1581, acusaba a Felipe II (entre otras cosas) de practicar el incesto, de ser lujurioso y perverso y de haber asesinado a su hijo mayor.

Estas dos obras, que se convirtieron en *best-sellers* inmediatamente, han sido la clave de todos los relatos posteriores. Sus anécdotas y detalles se han repetido y adornado una y otra vez hasta alcanzar la inmortalidad gracias a la enérgica prosa de John Lothrop Motley y su clásico: *El nacimiento de la República Holandesa,* de 1586. Este presentaba una descripción inolvidable de Felipe II, apoyándose en anécdotas devastadoras como el último adiós a don Juan de Austria, al final de la IV Parte:

Había sido la última voluntad de Don Juan que sus restos se enterraran en El Escorial al lado de su padre imperial, y como el ruego fue atendido, se envió la real orden para el transporte del cadáver a España. Se pidió y se obtuvo el permiso para que un número reducido de tropas españolas pasara por Francia. Pero el ahorrativo rey no hizo mención alguna del hecho de que esos soldados habían de llevar los restos mortales del héroe de Lepanto, porque estaba decidido a evitarse los gastos que ocasionaría el traslado público del cuerpo y el intercambio de cumplidos, que exige la etiqueta, con las autoridades de cada pueblo en tan largo viaje. Por consiguiente, el cuerpo se dividió en tres partes y con ellas se hicieron tres paquetes separados; y de esta manera, con las diferentes porciones colgadas del arzón de distintos soldados (para llevar menos peso)*, fue trasladado el cuerpo del conquistador a su lejano lugar de descanso...*

Los historiadores clásicos han dejado constancia de que a su llegada a España los fragmentos fueron unidos de nuevo y fijados con alambre; que entonces se rellenó el cuerpo, se atavió con magníficas vestiduras y se colocó de pie, siendo sostenido por personal del Estado Mayor; y que preparado de este modo para la entrevista real, los restos mortales de Don Juan se llevaron ante la presencia de Su Muy Católica Majestad. Se dice que Felipe se mostró emocionado al ver el horrible especto —pues horrible y espectral debía ser aquel cadáver sin enterrar, que aparentaba estar vivo por la postura y la vestimenta, pero que estaba colocado allí sólo para asegurarse el privilegio de bajar a la tumba—. La petición fue concedida y Don Juan de Austria encontró al fin el reposo al lado de su padre imperial.

Utilizando trucos retóricos como éste a lo largo de toda la obra, Motley consigue que Felipe parezca un hipócrita redomado en su vida privada y un fiero tirano en público: *enemigo público del cristianismo,* un hombre cuya *maldad y doblez* eran casi sobrehumanas, *sin la*

Felipe II (por Rubens, Museo del Prado, Madrid)



más mínima virtud y no con todos los vicios por la simple razón de que *ningún ser humano puede alcanzar la perfección, ni siquiera en el mal.* Motley divide la narración en cinco *actos,* como una obra de teatro, y crea un retrato espléndido e íntimo de un hombre débil y odioso, con un poder supremo. Pero es una imagen que debemos descartar. Motley estaba documentado, aunque su parcialidad apasionada le llevó a distorsionar los hechos, y los documentos que consultó eran también una deformación de la realidad. Para comprender a Felipe II correctamente y captar su significación histórica de forma objetiva, hay que olvidar prácticamente todo lo que escribieron Motley, Orange y Pérez. Es necesario estudiar otras fuentes.

Un hombre solitario

La de Felipe II es la historia de un solo hombre, porque fue durante casi toda su existencia una figura solitaria, el único protagonista sobre el escenario. Y esto hizo que vivir su vida fuera agotador, que escribir sobre ella sea muy difícil y que estudiarla sea algo confuso. Gobernó sobre una quinta parte de la superficie de Europa occidental y sobre la cuarta parte de su población. Sus dominios abarcaban desde Filipinas y Perú hasta España y Sicilia, haciendo que el imperio romano pareciera pequeño a su lado. Bajo su cetro existían florecientes ciudades como Amberes, Nápoles, Sevilla y México, y súbditos tan dispares como el gran anatomista Vesalio y la mística Teresa de Avila. Y ese cetro ostentaba el poder supremo. El rey Felipe, según uno de sus cortesanos, era como Jesucristo, porque podía crear hombres del barro. Pero también podía destruir lo que había construido: Guillermo de Nassau, príncipe de Orange y fundador de la república holandesa, no fue el único asesinado a sangre fría por orden de Felipe II. Catorce años antes, en 1570, al barón de Montigny se le dio garrote en secreto por orden regia, en el castillo de Simancas de Valladolid. Y entre 1566 y 1576, alrededor de 1.200 súbditos de Flandes fueron ejecutados con escasas pruebas, por no estar de acuerdo con las tesis del rey sobre política y religión.

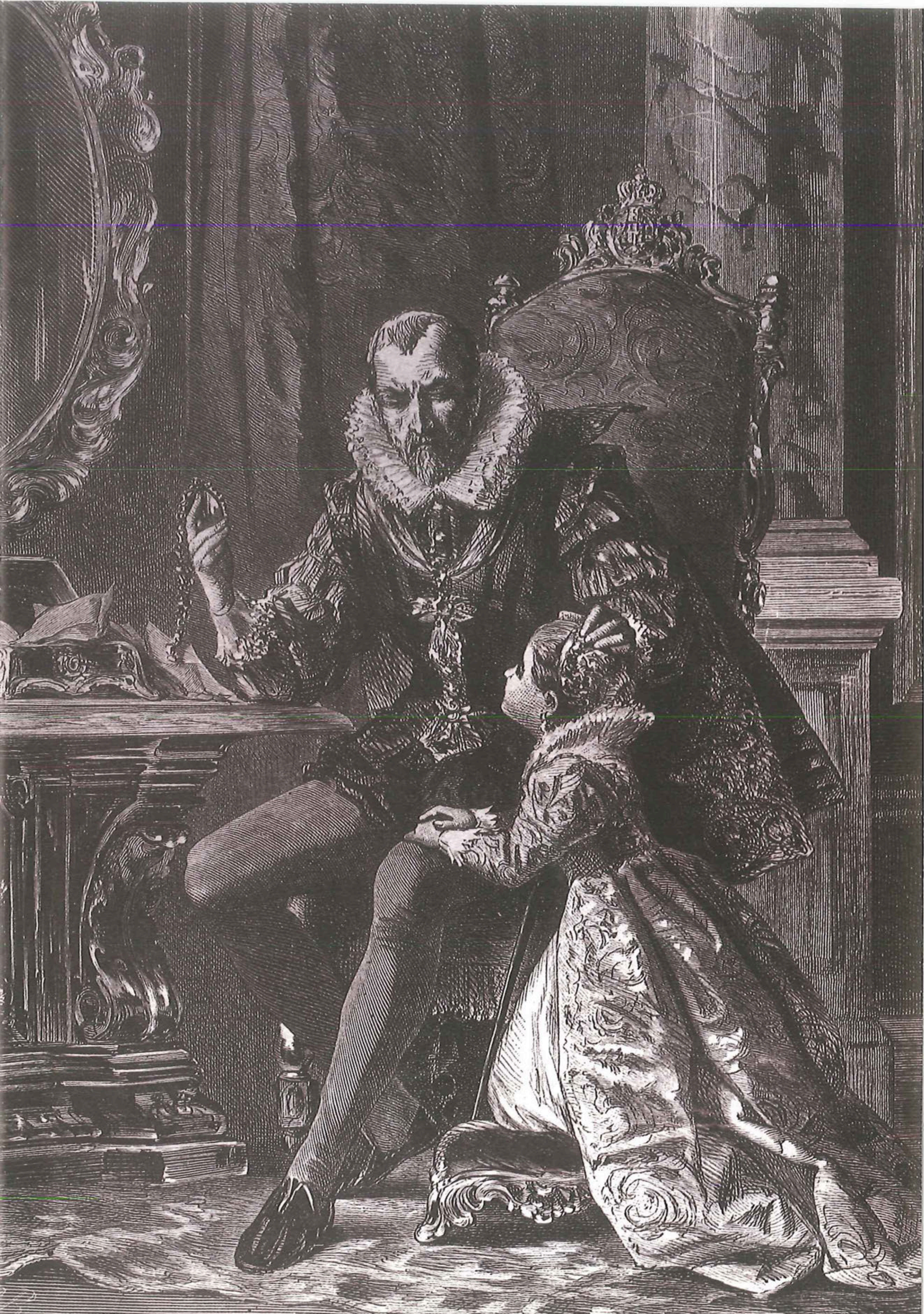
Pero este retrato extravagante y apasionado no encaja en el siglo XVI, en que se tomaban medidas contra los gobernantes tiránicos o simplemente impopulares, como pudieron comprobar Enrique III y Enrique IV de Francia. Ambos fueron asesinados por súbditos encolerizados, y Enrique IV concretamente, después de 19 intentonas fallidas. Felipe II, en cambio, nunca fue blanco de los asesinos. Sus súbditos le admiraban y siempre paseó entre ellos, por campos desiertos o calles concurridas, solo y desarmado.

Al rey le gustaba ese contacto informal y sencillo con su gente. Todos los días al volver de la iglesia se detenía a escuchar las demandas y quejas de las gentes humildes que venían a verle. Cuando viajaba por sus reinos no le importaba compartir agua con una anciana, como hizo camino de Portugal en el año 1580; comer el bacalao que le ofrecía un grupo de pescadores en Valencia (1585); o asistir a unas conferencias públicas con sus hijos, como ocurrió en Valladolid en 1592.

Vestía de forma sencilla y casi siempre de negro. Era tan meticuloso con la limpieza personal que estrenaba un traje al mes, pero siempre del mismo diseño y color. Según algunos observadores, parecía un caballero acomodado o burgués, y así le vemos en su retrato más conocido, el de 1579, cuando estaba en la cumbre del poder. Un comentarista inglés afirma que no hay nada en el cuadro que nos sugiera que es el *monarca más poderoso de su tiempo en la cristiandad.* Ni siquiera se insinúa su realeza, algo que ningún retrato de Isabel I de Inglaterra pone en duda. Pero quizá ese deseo de mezclarse con el resto de la humanidad y de evitar que se le identificara como el hombre que más poder y responsabilidad tenía en el mundo, es igual de revelador que la necesidad que tenía la reina Isabel de afirmar su posición. El desagrado de Felipe por la pompa y la ostentación no se limitaba a la sencillez en el vestir. A lo largo de su reinado se fue creando un mundo propio para refugiarse del mundo exterior.

Pero ¿cómo puede descubrirlo un historiador 400 años después? Felipe II no dejó un testamento político como su padre, Carlos V, ni una *Apología pro vita sua,* como su cuñado Enrique III de Francia. Pero existen tres trabajos de unos hombres que le conocieron bien: un diccionario ilustrado de su mayordomo holandés, Jean Lhermite y unas crónicas escritas por dos monjes de El Escorial, Juan de San Jerónimo y José de Sigüenza. Este último las escribió para publicarlas, lo que reduce su valor histórico. Los otros dos son rela-

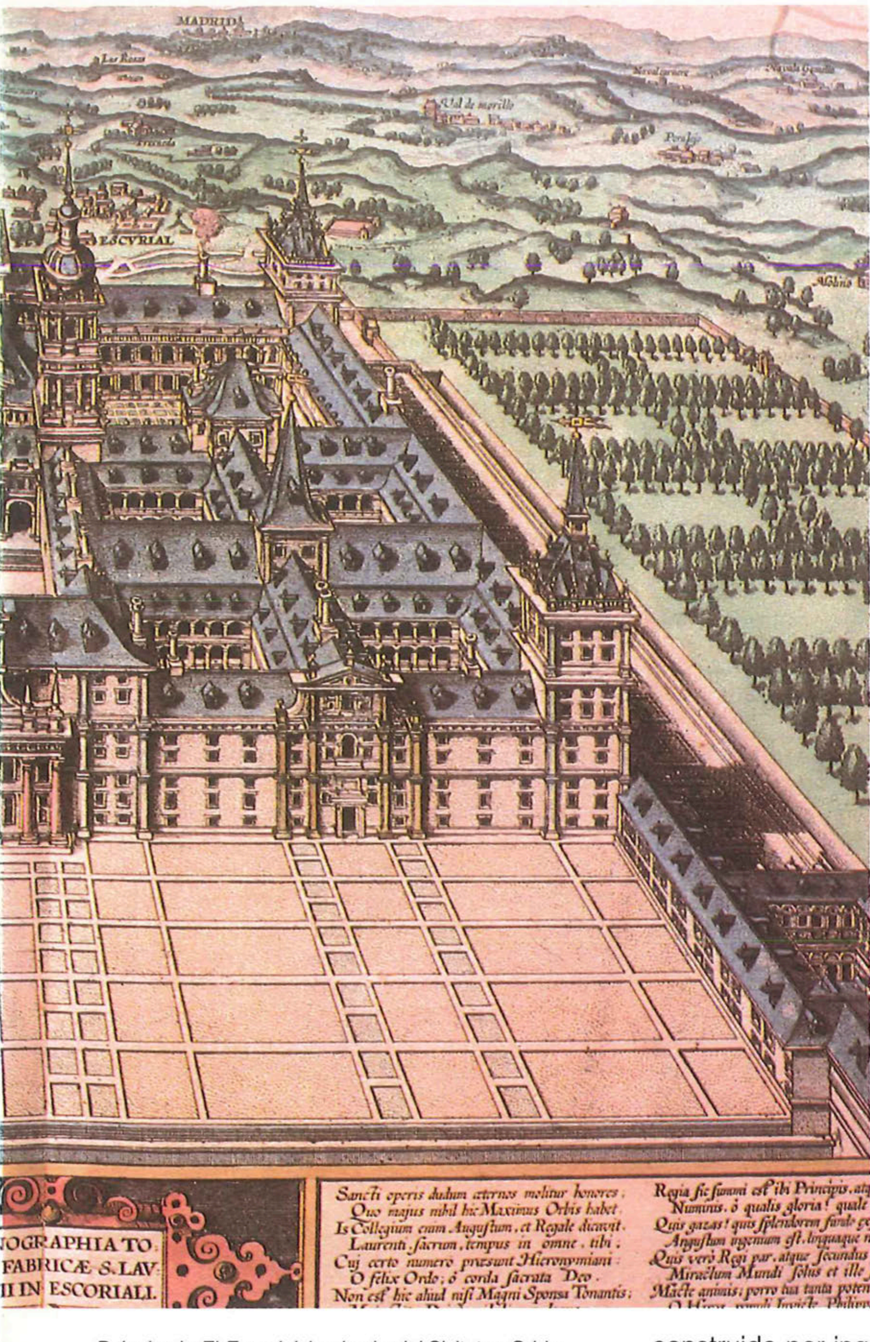
Felipe II y su hija (plumilla de La Ilustración Ibérica*)*



tos privados y se han conservado y han podido salir a la luz por azar. Pero mucho más importante es el enorme conjunto de cartas y memorándums sin publicar, que escribió el propio rey y que se conservaba antiguamente en el archivo de los condes de Altamira. Ahora está repartido entre diferentes colecciones de manuscritos en Ginebra, Londres y Madrid.

La colección Altamira

El conde de Valencia de Don Juan, heredero del último conde de Altamira, puso a la venta el archivo en 1870. Se le mandó un catálogo de venta al conservador de manuscritos del Museo Británico, que decidió comprar unos 200 volúmenes de la colección por valor de 1.000 libras esterlinas, y hoy se conocen con el nombre de *Manuscritos Adicionales* 28, 262-28, 264 y 28, 334-28, 509. No se volvió a saber nada de la colección hasta que en 1897 Paul Chapuy (que había sido bibliotecario de los condes de Altamira y cónsul general suizo en España) vendió otros 10.000 documentos del archivo al bibliófilo Edouard Favre, documentos que el bibliotecario se había llevado sin duda, cuando se fue de España después de 1870. Diez años más tarde Favre los donó a la biblioteca pública y universitaria de Ginebra, donde se encuentran actualmente y se llaman *Colección de Manuscritos Edouard Favre.* Por las mismas fechas los hermanos Zabálburu de Madrid compraban otra parte de la colección Altamira: 148 legajos y 269 documentos, que todavía están en su magnífica biblioteca de Madrid (llamada a veces Biblioteca de la casa de la condesa viuda de Heredia Spínola). El conde de Valencia de Don Juan se quedó con el resto de los documentos, que se pueden consultar en el Instituto del mismo nombre, fundado por sus herederos en la capital española en 1916. Desafortunadamente, las diferentes colecciones del archivo Altamira se dividieron sin tener en cuenta su procedencia. Cada uno de los cuatro depósitos existentes hoy día contiene secciones de las series principales, de modo que puede haber una carta



Palacio de El Escorial (grabado del Civitates Orbis Terrarum*)*

en Madrid, con un comentario que se encuentra en Ginebra y cuya respuesta está en Londres (2).

Pero ¿cómo adquirieron los condes de Altamira los papeles ológrafos de Felipe II? La explicación más razonable es la siguiente: en principio los documentos se depositaron en el archivo del Palacio Real de Madrid, pero éste estuvo cerrado entre 1848 y 1857 mientras se llevaban a cabo las obras del Teatro de la Corte. Los papeles del rey se guardaron precipitadamente en sacos que quedaron por allí en medio y en algún momento el conde de Altamira se hizo con ellos (3).

Sea cual sea el motivo por el que los documentos llegaron a su situación actual, el hecho es que arrojan mucha luz sobre los detalles íntimos de la vida de Felipe II. Le convierten quizá en la figura pública mejor conocida del siglo XVI. Los papeles del archivo Altamira muestran al rey paseando por sus jardines, cazando y pescando, o con sus libros y colecciones. Le gustaba tomar parte en la configuración del mundo que le rodeaba. Trazaba sus propios jardines, eligiendo las plantas de forma que siempre hubiera alguna en flor en todos los macizos. Ordenó plantar numerosos árboles —223.000 sólo en Aranjuez— que daban sombra a unos parques magníficos mantenidos con un sistema de irrigación artificial construido por ingenieros holandeses.

Pero dedicó todavía más atención a sus palacios, de los que el de El Escorial es el mayor y el más famoso. Escogió el emplazamiento y trazó los planos. Recibía a los arquitectos dos veces a la semana porque no se fiaba de ellos y visitaba las obras regularmente para cerciorarse de que seguían el *estilo Felipe II:* ladrillo rojo y tejados de pizarra, que tanto recordaba a los Países Bajos. Envió emisarios a Batenburg, Binche, Breda, para que se fijaran en el diseño de los pala-

cios de los nobles y sus arquitectos pudieran copiarlos.

El rey era también un fanático de la caza y la pesca. Cuando tenía diez años su padre tuvo que fijarle el número semanal de piezas que podía cobrar para no esquilmar los recursos del parque. Y a los setenta, demasiado viejo para cazar, iba en carruaje a los bosques y disparaba contra los ciervos que le acercaban sus tiradores.

Las carpas reales estaban protegidas de los furtivos por una legislación draconiana: al que se le encontraba pescando recibía 100 azotes si era la primera vez y se le mandaba a galeras a la segunda. Felipe no estaba dispuesto a perder el tiempo pescando en vano, como demuestra la orden que dio en febrero de 1565 antes de ir al Pardo: *por si yo pudiese ir mañana al Pardo, que no sé aún de cierto... embiad luego a avisar... que deshague el estanque pequeño desde esta noche, para que a mañana esté ya baxo y le podamos pescar.* Los peces no podían esperar misericordia.

El rey disfrutaba mucho al aire libre. Daba largos paseos él solo y siempre colocaba su mesa delante de una ventana donde pudiera ver y oler el árido campo castellano, que tanto admiraba. Pero fue también un coleccionista apasionado y su curiosidad intelectual era impresionante. La gran biblioteca de El Escorial albergaba 14.000 volúmenes de su colección particular. Poseía mapas, armaduras, joyas, estatuas y otros tesoros. La Casa Real disponía de más de doscientos instrumentos de música, desde el carillón instalado en una de las cuatro torres de El Escorial hasta 16 gaitas. Sus palacios estaban decorados con más de 700 pinturas, entre las que había obras maestras de Bosch, Brueghel y Tiziano, y que hoy se encuentran en el Museo del Prado. A la muerte del monarca, la colección completa fue valorada en siete millones de ducados, dinero suficiente para construir y decorar otro Palacio como el de El Escorial. Además el rey fue mecenas de científicos, exploradores, artistas e historiadores. Montó un observatorio astronómico y un laboratorio químico en El Escorial, que se llamó *La Torre del Filósofo.* No hay duda de que fue uno de los hombres más cultos de su época.

Este interés por la cultura no significa que descuidara sus obligaciones como jefe de Estado. Felipe era un modelo de aplicación y diligencia. Normalmente se despertaba a las ocho de la mañana y pasaba casi una hora en la cama leyendo papeles. Hacia las nueve y media se levantaba, le afeitaban sus barberos y sus ayudas de cámara le vestían. Luego oía misa, recibía audiencias hasta el mediodía y tomaba el almuerzo, que era su primera comida del día. Tras una siesta corta, el rey se recluía a trabajar en su despacho hasta las nueve, hora de la cena. Después seguía trabajando hasta que estaba demasiado cansado para seguir.

Un rey trabajador

Pero el problema fundamental del gobierno de los Habsburgo españoles era que no tenía la organización necesaria para planear estrategias de alto nivel. Para empezar, el rey no contaba con un *Consejo de Ministros,* ni un *Ministerio de la Guerra,* ni un *Jefe del Estado Mayor.* No existía una mentalidad de guerra, para poder predecir futuros movimientos y posibles reacciones; y (para bien o para mal) no había un *Pentágono* que fijara las posibilidades estratégicas y las limitaciones. Felipe II estaba asesorado por una complicada red de consejos —formados por un presidente, un secretario y los consejeros elegidos—, pero sólo trataban temas cotidianos. Las responsabilidades de cada consejo estaban perfectamente delimitadas, y su función era analizar los documentos concernientes a su área y decidir qué medidas había que tomar (si había que tomar alguna). Por ejemplo, el Consejo de Guerra estudiaba e informaba sobre los asuntos referentes a las fuerzas armadas de la corona —tanto la marina como el ejército de tierra— dentro de España; pero de las fuerzas armadas en los Países Bajos e Italia se encargaba el Consejo de Estado. Todos los intereses de España en el extranjero, tanto si eran diplomáticos como comerciales o militares, eran campo exclusivo del Consejo de Estado. Por otro lado, los problemas militares de América se trataban en el Consejo de Indias. Y después de 1583 las cuestiones relativas a la defensa del imperio portugués las discutía el virrey con su consejo en Lisboa y después se informaba al rey. De los presupuestos de las operaciones militares se encargaba otro consejo más: el de Hacienda.

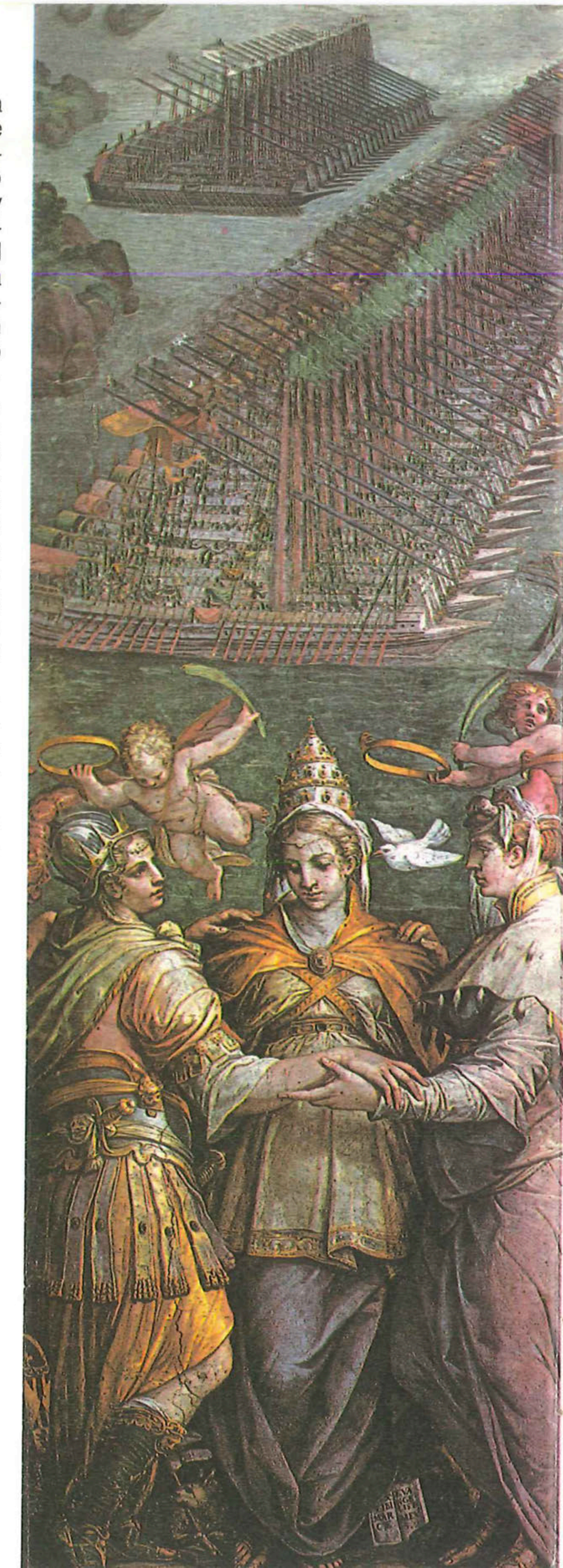
Es evidente que esta división de responsabilidades hacía que fuera muy difícil llevar a cabo una planificación efectiva, pero existían tres mecanismos por los que el rey podía evitarla. En primer lugar, nunca dependía exclu-



Armadura de Felipe II en la Armería Real (grabado de La Ilustración Española y Americana*)*

sivamente de los consejos. Por un lado, había unos miembros clave que formaban parte de más de un consejo. Era muy corriente simultanear un puesto en el Consejo de Estado con uno en el de Guerra, o en el de Indias y el de Hacienda. Tampoco era extraño pertenecer al Consejo de Estado, al de Guerra y al de Hacienda. Por otra parte, Felipe II tenía la posibilidad de coordinar los asuntos imperiales al margen del sistema de consejos. En época de crisis, designaba a un ministro —o más a menudo, a una junta de ministros— para que estudiara una operación concreta. En el verano de 1571, por ejemplo, se estableció una junta encargada de revisar todos los informes y tomar una decisión sobre el procedimiento a seguir en la campaña naval que culminó en la batalla de Lepanto. Entre 1573 y 1575 la *Junta de Presidentes* (compuesta de un máximo de ocho concejales) intentó resolver la crisis financiera motivada por las guerras en Flandes y el Mediterráneo. (Al final recomendó que el Estado se declarara en bancarrota). En los años 1580-83, mientras el rey y casi todos sus ministros se concentraban en la adquisición de Portugal y su imperio, el cardenal Granvela se ocupaba de los intereses de España en el extranjero desde Madrid (4).

El segundo mecanismo que tenía Felipe para paliar la fragmentación de su gobierno era permitir que sus ministros —tanto si estaban en la Corte como en el extranjero— le escribieran directamente, evitando así el proceso habitual de los consejos. En 1559, al comienzo de su reinado, Felipe II decretó que: *Quando quisiéredes scrivirme alguna cosa para que yo solo la sepa, agora sea destado o de qualquier calidad, poniendo en el sobrescripto que se dé la carta en mi mano, se hara anssy.* De estas cartas se encargaba el secretario particular del rey y no las podía leer ningún consejero (5). Cualquiera que abusara de este privilegio y escribiera al rey sobre temas que él no consideraba relevantes, recibía la oportuna amonestación (6). Pero normalmente el rey estaba dispuesto a leer casi todo lo que llegaba a sus manos. El impacto que tuvieron la información y los consejos recibidos de esta forma —provenientes casi siempre de eclesiásticos— se puede comprobar a menudo por las decisiones que se tomaron al respecto (7).



La flota cristiana formada en el puerto de Messina antes de salir al encuentro de la flota turca en la batalla de Lepanto (por Giorgio Vasari, Museo Vaticano)


GRÆ
CI
A

Por último, lo más importante es que durante casi todo su reinado, Felipe II insistió en leer personalmente cada una de las cartas que llevaran su firma y en oír la opinión que daban los consejos sobre la información que recibían. Esto suponía una carga administrativa impresionante. El rey despachaba unos 400 documentos diarios; recibía a secretarios, embajadores, arquitectos y emisarios; escuchaba informes sobre los acontecimientos políticos; y tomaba decisiones acerca de innumerables asuntos, importantes o nimios.

Se ha hecho célebre su pequeño estudio en El Escorial, pero al rey no le importaba trabajar en cualquier sitio y a cualquier hora, llenando toneladas de papel con su firma. Creó incluso un archivo especial en Simancas para conservar su documentación. Rara vez se desplazaba sin sus papeles, y si hacía buen tiempo los llevaba al campo y los consultaba en la carroza. Incluso llegó a despachar cuando iba en barco por el Tajo, camino de Aranjuez. *Llevaba en su barca un bufete en que iba firmando y despachando negocios que le traía Juan Ruiz de Velasco, su ayudante de cámara,* mientras las damas de la corte danzaban y una orquesta de negros tocaba la guitarra.

Pero no todos los días eran así de agradables. Además, el empeño del rey en revisar todo personalmente provocaba retrasos en la administración, porque a veces no podía ponerse al día con tanto papeleo. Un día en 1565 le decía a su secretario: *(Ando) tan ocupado y tan alcanzado de sueño porque he menester lo más de las noches para ver papeles que otros negocios no me dexan de día, y así comyenco a ver estos vuestros agora, que es pasada media noche, que antes no he podido ver, ni a los de ayer ni los de oy.* Y con los años la situación no hizo más que empeorar. El rey se quejaba de la vista y de agotamiento por la cantidad de trabajo. En mayo de 1575 le decía a su secretario: *Agora me dan otro pliego vuestro. No tengo tiempo ni cabeza para verle y así no le habro hasta mañana y son dadas las 10 y no he cenado; y quédame la mesa llena de papeles para mañana pues ya no puedo más agora.*

En 1577 escribe: *Son ya las 10 y estoy hecho pedazos y muerto de hambre y es día de ayuno. Y así quedará esto para mañana.*

Vida privada

A veces se sentía tan agobiado por las obligaciones de su cargo que ansiaba dejarlo todo: *Son cosas estas que no pueden dexar de dar mucha pena y cansar mucho y así creed que lo estoy tanto dellas y de lo que pasa en este mundo; si no fuese por (algunas)... cosas a que no se puede dexar de acudir, no sé qué me haría... Cierto que yo no estoy bueno para el mundo que agora corre, que conozco yo muy bien que havria menester otra condición no tan buena como Dios me la ha dado, que sólo para mí es ruin.*

Escribía esto en 1569, cuando acababa de perder a su tercera esposa y a su hijo mayor en trágicas circunstancias, y tenía que enfrentarse con la invasión de los

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange

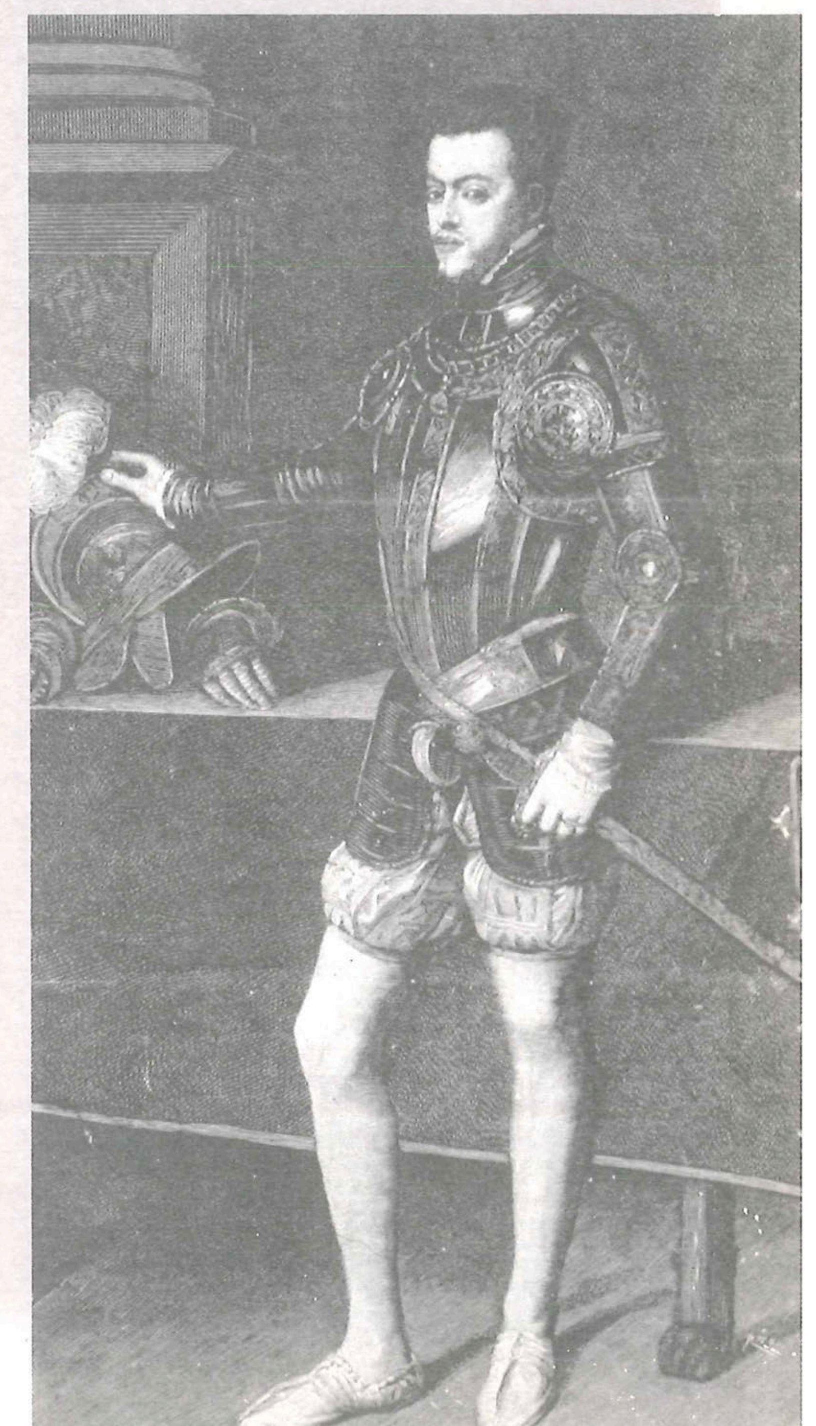
La educación del rey

El futuro rey Felipe II vivió casi toda su infancia alejado de su padre, que pasaba la mayor parte del tiempo viajando por sus remotos dominios. No obstante, el emperador Carlos V siempre se ocupó de su educación. Despidió a Juan Martínez de Silíceo, que fue el primer tutor del príncipe, porque no le parecía lo suficientemente estricto. Le preocupaba que cuando Silíceo se convirtiera en el confesor de Don Felipe, se mostrara demasiado débil:

Cierto que no ha sydo ny es el que mas os convyene para vuestro estudyo: ha deseado contentaros demasyadamente... No serya bien que en lo de la conciencia os desease tanto contentar como ha hecho en el estudyo.

El emperador resolvió el problema nombrando a un destacado noble para el puesto: Don Juan de Zúñiga. Parece que el joven príncipe se quejó de la dureza del nuevo régimen, porque más adelante en el mismo documento, su padre hacía la siguiente observación: *Hace por ventura parecer a Don Joan áspero* pero *sy el uvyese sydo como los otros todo huvyere ydo a vuestra voluntad.* Y concluye que el fin justifica los medios, *ya que hasta aquy, de que doy gracias a Dios, no se ve cosa en vos que notar notablemente.*

Esto era en 1542. Pero se planteó un nuevo problema casi de inmediato: a los dieciséis años el príncipe estaba a punto de contraer matrimonio por primera vez. A Carlos V le preocupaba enormemente que Zúñiga no hubiera tenido tiempo de preparar a su pupilo para sus nuevas responsabilidades. Sobre todo en el aspecto sexual, ya que



Felipe II en una plumilla a partir de un cuadro de Tiziano

dedicó varios párrafos de su carta de Instrucción (que escribió mientras organizaba un nuevo viaje) a esta cuestión.

Os avéys mucho de guardar quando estuvyéredes cabe vuestra mujer... [y] convyene mucho que os guardéys y que no os esforzéys a estos principios, de manera que recybyésedes daño en vuestra persona, porque demás que eso suele ser dañoso, asy para el crecer del cuerpo como para darle fuerzas, muchas veces pone tanta flaqueza que estorva ha hazer hijos, y quita la vida, como lo hizo al príncipe don Joán, por donde vyne a heredar estos reynos...

Y porque eso es algo dificultoso, el remedyo es apartaros della lo más que fuere posible; y asy os ruego y encargo mucho que, luego que avréys consumydo el matrimonio, con cualquier achaque os apartéys, y que no tornéys tan presto, ny tan amenudo a verla, y quando tornáredes, sea por poco tiempo...

Más tarde, repitió: *La tengan apartada de vos, syno a los tiempos y ratos que para vuestra vida y salud se podrá sufrir. Yo os ruego, hijo, que se os acuerde de que, pues no avréys, como estoy cierto que será, tocado a otra mujer que la vuestra, que no os metáys en otras vellaqueryas después de casado, porque serya el mal y pecado muy mayor para con Dyos y con el mundo; y demás de los desasosiegos y males que entre vos y ella se podrían seguyr dello, serya mucho contra el efecto porque os apartáys della.* (J. M. March, *Niñez y juventud de Felipe II: documentos inéditos*, ii [Madrid, 1942], 12ff: Instrucción de Carlos V a su hijo, 6 de mayo de 1543.)

A pesar —o quizá a causa de— todos estos consejos detallados, empezaron a surgir dificultades a medida que Felipe se iba haciendo mayor. Dos años después de escribir esta carta, el emperador le decía a Zúñiga:

De la deshorden que ay, y tiempo que se pierde en acostar y levantar, desnudar y vestir, le [= Felipe] ha reprehendido en cartas pasadas... porque dado que por el presente no fuese de mucho ynconveniente, serlo ya para adelante, si en esto se hiziese ábito y costumbre. (March, *op. cit.*, i, 323-6, Carlos V a Zúñiga, 17 de febrero, 1545)

De modo que se decidió que el príncipe Felipe se trasladara a Bruselas con su padre, ya que éste no podía abandonar sus obligaciones en el Norte de Europa. Hizo el viaje en 1548 y no fue ningún éxito. Primero ofendió a los italianos, a quienes les pareció un arrogante; luego despreció a los alemanes, que opinaban que era un orgulloso; y finalmente fue irrespetuoso con los holandeses, que le consideraban muy distante (*).

(*) Véase Biblioteca Británica, *M. S. Egerton* 2148, fo. 16v, opinión de Sir Thomas Hoby, observador de una entrevista tempestuosa entre Don Felipe y el duque de Ferrara; y E. Alberi, *Relazioni degli ambasciatori veneti al senato durante il secolo XVI*, la serie III (Florencia, 1853), 378: relación de Michele Suriano.

Países Bajos por Guillermo de Orange. Su desánimo continuaba en 1570. Y en 1575 decía a sus secretarios: *Digo yo que es muy ruin oficio el myo... (Cuando) veráis lo que acá se deve de pasar estos días, que cierto yo no sé cómo vivo.*

En 1587, durante los frenéticos preparativos de la Armada, Felipe II trabajó tanto que terminó agotado. El 6 de febrero se quejaba de que los días ya no tenían horas suficientes: *Podréis embiar otro día memoria de estas cosas,* escribió a su secretario de cámara, *para verlo con lo demás; aunque según lo que pasa estos días no sé quando.* Una semana más tarde, a las diez de la noche se lamentaba de que los papeles permanecieran amontonados a la espera de su lectura y firma: *Ha buen rato que estoy en estos papeles... y harto han procurado estorvármelo porque entretanto que he estado en ellos me han traído diez o doce pliegos, que los mas me quedarán para mañana.* Pues con una frecuencia cada vez mayor devolvía los papeles sin leer, al manifestar el rey *me falta tiempo*, o *por no tengo agora la cabeza.* Finalmente, a mediados de mayo, cayó gravemente enfermo y hasta mediados de julio casi cesó la actividad del órgano superior del Estado.

En estos momentos de agotamiento físico y mental, el rey buscaba consuelo en su familia; primero en su esposa —estuvo casado cuatro veces y todas sus esposas murieron antes que él— y luego en sus hijas.

Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, con la enana Magdalena Ruiz (por F. del Llano)



Pese a las insinuaciones de Guillermo de Orange en su *Apología,* Felipe II no era un mujeriego, más bien al contrario. Parece ser que cuando se vio obligado a consumar cada uno de sus matrimonios, tuvo una reacción nerviosa en la piel. Procuraba hacer el amor lo menos posible. Prefería las comedias que se representaban en la corte. Tenía un grupo permanente de bufones, muchos de ellos procedentes del manicomio de Zaragoza. Más de veinte enanos le divirtieron a lo largo de su vida (por razones que todavía se desconocen, parece ser que el rey sentía una atracción especial por los enanos). La más célebre fue Magdalena Ruiz, que entró en la Casa Real en 1568 y murió en El Escorial en 1606. Magdalena padecía ataques epilépticos y era una alcohólica empedernida. A menudo exhibía sus berrinches ante el rey: *Magdalena está muy enojada conmygo... diciendo que se quiere ir y que me ha de matar, mas creo que mañana se le havra ya olvidado,* escribió el monarca.

Magdalena Ruiz era la favorita de las multitudes, que gritaban *la cuerda, la cuerda,* para asustarla y provocarla cuando aparecía en público. Todos esperaban que hiciese algo mal, que se cayera, que comiera demasiado y enfermara, o que se mareara delante de todo el mundo. Pero ahí residía su encanto. El rey y su familia la querían mucho, como se puede comprobar en las cartas que Felipe mandó a sus hijos desde Portugal entre 1580 y 1583. Llenaba páginas enteras con relatos sobre el comportamiento excéntrico de Magdalena.

La mayoría de estas cartas está publicada y constituye un excelente testimonio de lo que podríamos llamar *la vida privada* de Felipe II. Revelan lo mejor de su carácter: el cariño hacia sus hijos, su sentido del humor, su amor por la naturaleza y un toque de autorreproche. Las cartas ayudan a comprender el entusiasmo que sentían por el rey los que le rodeaban. Ocho años después de su muerte, uno de ellos decía: *Todos los que estábamos presentes derramamos muchas lágrimas en el momento de su muerte, pero fueron pocas comparadas con nuestra pérdida. Y muchos no han secado todavía sus ojos ni cesarán de llorar hasta el fin de sus días.*

Eran las palabras de fray José de Sigüenza, uno de los monjes con los que vivía el monarca. Desde 1566 pasaba los veranos en El Escorial, que era monasterio y mausoleo además de palacio. Esto no tenía nada de particular, ya que su padre, Carlos V, había hecho lo mismo en el monasterio de Yuste. Los planos de las estancias reales de El Escorial estaban basados en los de aquél, pero el espíritu escurialense era distinto. Es cierto que Carlos V organizó y asistió a un réquiem por su propia alma, y que cayó en trance mientras contemplaba el cuadro de Tiziano llamado *La Gloria,* pero también es verdad que estas macabras devociones sólo las sintió cuando presentía que iba a morir.



El resto de su carrera monástica lo pasó como un enfermo mimado. Se daba verdaderos atracones de anchoas y comía tantos melones que, según un capellán, sus eruc-



Don Juan de Austria despidiéndose de Felipe II antes de marchar a los Países Bajos (por Villegas)

tos eran más sonoros que su voz. Pasaba la mayor parte del tiempo jugando con su colección de relojes y pescando desde la ventana de su dormitorio en el estanque que había debajo. Muy raramente acompañaba a los monjes en sus rezos, como hacía su hijo en El Escorial.

Este contraste entre ambos es más significativo de lo que parece a primera vista. Felipe II siempre intentó imitar a su padre, pero se sentía incómodo al hacerlo, cosa bastante lógica, ya que la vida de Carlos V no era un ejemplo fácil de seguir. Fue un guerrero victorioso, un caudillo intuitivo, un viajero cosmopolita, capaz de hablar correctamente cinco idiomas y de sentirse a sus anchas tanto en la intimidad como en las recepciones oficiales, y un maestro del gesto y la frase hábil. Y este hombre sólo tenía un descendiente legítimo que heredaría y gobernaría el vasto imperio que había creado.

Los veinticinco años de cuidada educación



que recibió Felipe sólo sirvieron para aumentar su necesidad de éxito y su temor al fracaso. Quedó marcado por una pesada carga psicológica. Estaba obsesionado por demostrar que era digno de su padre y de su misión, pero terminó sintiéndose profundamente inseguro respecto a su capacidad para el papel que la sociedad, su familia y él mismo esperaban que desempeñara.

La religiosidad de Felipe II

Es más fácil advertir esta tara psicológica en los asuntos nimios que sólo implicaban al monarca, que en las grandes cuestiones en las que intervenían los ministros. Por ejemplo en 1566, a los treinta y nueve años, fue padre por segunda vez y quería ser él quien llevara al recién nacido a la pila bautismal, pero estaba convencido de que iba a cometer un error. Realizó el recorrido una y otra vez llevando en brazos un muñeco de idéntico peso y tamaño, pero a pesar de los ensayos no se sentía seguro. Terminó delegando la misión en un pariente y contemplando la ceremonia desde una ventana secreta, triste, indeciso y desmoralizado.

Este ansia de vivir conforme a los patrones que conocía y respetaba, y la necesidad de conciliar amor filial y autoestima, terminaron abocándole a la religión. No hay duda de que era un hombre piadoso: poseía una enorme cantidad de libros religiosos que consultaba con mucha frecuencia, como demuestran las notas de su bibliotecario. Una noche, por ejemplo, no se fue a la cama hasta que no hubo leído un pasaje de la Biblia que le interesaba, y junto al lecho tenía una estantería con una selección de 41 libros piadosos.

Oía misa todos los días, sermones una vez a la semana, y se confesaba y comulgaba cuatro veces al año. Solía retirarse a meditar en Cuaresma y en momentos de mucho estrés, como antes de decidir el arresto de Antonio Pérez o después de morir su tercera mujer, Isabel de Valois. Asistía con gran placer al culto y más de una vez los monjes vieron cómo le caían las lágrimas por las mejillas mientras rezaba.

En la Nochebuena de 1566 cantó los oficios con los monjes en el coro del monasterio a medio construir. Pero no le importó el frío. Tampoco le importó el calor sofocante de Córdoba cuando presenció la procesión del Corpus en 1570: *El sol no me hará daño hoy,* dijo a los que intentaban que se protegiese.

La gente religiosa captaba enseguida la fe del monarca. En 1549 San Ignacio de Loyola, fundador de la Orden Jesuita, escribía so-



Dormitorio de Felipe II en El Escorial y estatua orante del monarca en su sepulcro de El Escorial (por Pompeo Leoni)

bre su *olor de bondad y santidad,* y treinta años más tarde Teresa de Avila, al salir de una audiencia con Felipe II, se mostraba admirada por su profunda conciencia espiritual. No hay duda de que tenían muchas cosas en común; el rey *encontraba consuelo en la soledad,* igual que *el espíritu angelical de Teresa.* Felipe siempre la protegió de las acusaciones de heterodoxia, y puso sus libros y papeles a buen recaudo en la biblioteca de El Escorial cuando la abulense murió. De hecho, las obras de Santa Teresa han sobrevivido en gran parte gracias al interés que mostró Felipe por ellas. Pero la religión terminó convirtiéndose en algo obsesivo para él. Desde 1560 coleccionaba reliquias con una fascinación exagerada. Llegó a tener un total de 7.422: 12 cuerpos enteros, 144 cabezas y 306 miembros. Poseer una reliquia es un símbolo de piedad; tener varias se puede considerar una muestra de devoción ejemplar; pero atesorar 7.422 sugiere cierto grado de idolatría. Además, a partir de 1587 el rey hacía que se las sacaran regularmente para adorarlas. Cuando estaba enfermo en sus últimos días, tenía un altar especial en su habitación lleno de reliquias. Si se desmayaba de dolor (según narra Sigüenza) siempre se le podía despertar al grito de *¡No toquéis en las reliquias!*

Pero la religiosidad de Felipe iba más allá de la relación con Dios o los santos. Por eso es muy importante para el historiador. Se creía depositario de la Providencia y estaba convencido de que España tenía un destino que cumplir. El único problema era identificarlo, pero el rey se contentaba con esperar a que la Providencia se revelara, como en 1580, cuando la familia real portuguesa se quedó sin sucesores, dejándole a él como heredero del trono en caso de que lo reclamara, cosa que hizo en pocas horas. Sin embargo, hubo ocasiones en que el monarca quiso forzar la marcha de la historia.

Un ejemplo clásico de este empeño es la invasión de Inglaterra. Primero en 1571 y luego en 1588 Felipe declaró que su *gran objetivo* de conquistar la isla se lo había encomendado Dios, e hizo caso omiso de las objeciones que le plantearon el duque de Alba, el de Medina Sidonia y el de Parma, que serían los encargados de dirigir las operaciones. En septiembre de 1571 le contesta lo siguiente al duque de Alba, que aseguraba que conquistar Inglaterra era imposible:

NORTH

WEST

EAST

SOUTH

Desseo tan de veras el effecto deste negocio, y estoy assi tocado en el alma dél, y he entrado en una confianca tal que Dios nuestro Señor lo ha de guiar como causa suya, que no me puedo dissuadir ni satisfazer ni aquietar de lo contrario. Y de aqui procede entenderlo yo differentemente, y hazerseme muy menores las difficultades y inconvenientes que se ponen delante, y que todo aquello que me podría desviar o impedir en la prosecucion deste negocio, me haga menos embaiazo del que paresce que puediera hazer, y porque tambien entiendo que en tal manera se deve hazer esta confianca en Dios, que por ella no devemos ser llevados a emprender cosas cuyos successos sea o desesperados o impossibles, y cuyos medios (según la humana prudencia) sean de poco fundamento y flacos (pues esto seria tentar a Dios que esperar en el) nos ha parescido dezir aqui lo que nos ocurre.

En 1588 le hizo el mismo chantaje espiritual al duque de Medina Sidonia, comandante de la Armada. Cuando éste intentó quedarse en La Coruña, el rey le dijo: *Yo tengo ofrecido a Dios este servicio. Alentaos, pues, a lo que os toca.* Y al duque de Parma le aseguró que no importaba que no hubiera un puerto de aguas profundas en los Países Bajos porque Dios proveería. De modo que la Armada partió, según uno de sus oficiales veteranos, *con la esperanza de un milagro.*

Cuando llegaron a la Corte los primeros rumores del desastre, en octubre de 1588, el monarca no daba crédito a sus oídos. Cuando se rehizo del *shock,* sólo pudo decir su estoico y tantas veces citado comentario: *contra los hombres la embié, no contra los vientos y la mar.* En una nota que manda a su secretario, se puede comprobar su completa incredulidad: *Espero que Dios no haya permitido tanto mal, pues todo lo he hecho por su causa.* Cualquier cálculo racional sobre los principales intereses de España se topaba con este muro de intransigencia ciega, respaldado además por sanciones divinas.

El rey no sólo se mostraba intransigente en lo que concernía a Inglaterra. En cualquier asunto, por importante o trivial que fuera, era casi imposible que cambiara de opinión una vez que se había decidido. Era incapaz de ser objetivo al evaluar asuntos sobre los que ya se había tomado alguna decisión. Tergiversaba la información para lograr sus propósitos y avalar sus objetivos. Este defecto, que los psicólogos denominan *disonancia cognoscitiva,* se fue haciendo más marcado en la última década de su reinado. Era como si la arteriosclerosis hubiera hecho su aparición y no dejara que Felipe II reaccionara de una manera normal. Mostraba una serenidad casi enfermiza ante cualquier acontecimiento, fuera triste o alegre. Además cada vez pasaba más tiempo durmiendo y rezando. Estaba tan mal de la salud que podían transcurrir meses sin que despachara ningún documento oficial, como ocurrió en mayo y junio de 1595, marzo y abril de 1596, la primavera de 1597 y prácticamente todo 1598. Después del primer achaque en 1595, Felipe pasaba casi todo el tiempo en el equivalente a una silla de ruedas del siglo XVI —una especie de butaca con respaldo abatible— con ropas ligeras que no presionaran sus articulaciones aquejadas de artritis. La silla portátil que se conserva en El Escorial era más incómoda, pero era transportable, cosa que no ocurría con la otra. De esta forma el rey podía visitar sus queridos palacios de Aranjuez y El Pardo, y en ella se le llevó de nuevo a El Escorial para morir, aunque se puede decir que los tres últimos años de su vida los pasó como un inválido.

Organización de la defensa de Londres contra la amenaza de la Invencible (arriba). *Felipe II presencia un auto de fe (por Valdivieso)*

La religión es lo primero

Es muy tentador suponer que si Felipe II hubiera estado mejor de salud, su política en los últimos años hubiera sido diferente. Quizá hubiera pactado con los rebeldes en los Países Bajos o evitado la guerra con Francia. Quizá incluso hubiese desarrollado una política económica más justa para sus súbditos castellanos, agobiados por la presión impositiva. Pero parece poco probable. Al fin y al cabo, en 1598 fue él quien tomó la decisión final de firmar la paz con Francia y ceder los Países Bajos a su hija Isabel, separándolos de España al menos en teoría. Durante mucho tiempo recibió presiones para que abandonara una política exterior aventurada y costosa. Y siempre se le tuvo bien informado acerca del precio que estaba pagando el reino español, sobre todo Castilla, a causa de su imperialismo.

En febrero de 1591, Mateo Vázquez, secretario privado del rey, se quejaba:

Muchas personas de crédito que han venido de diversas partes deste reino dizen, que por maravilla se topa un hombre por los luga-


el dicho de la torre sus fiadores estavan con
denados e contra ellos estavan tasadas e
vieta sadas para que las dichas sentencias
le fuesen guardadas e cumplidas e se exe
cutasen para aver e cobrar las dichas co
stas del dicho de la torre sus fiadores o que so
bre ello se proveyese como la nra merced
fuese lo qual visto por los dichos nros al
caldes de los hijos dalgo fue por ellos acor
dado que debiamos mandar dar esta nra
carta executoria de las dichas sentencias
difinitivas e de la dicha tasacion de co
stas para vos en la dicha razon e nos lo
tuvimos por bien
DON PHILIPPE
POR
Que vos mandamos a todos e a cada uno de vos en los dichos vros lugares e jurisdiciones que luego que con ella o con el dicho su treslado signado como dicho es fueredes requeridos por parte del dicho licenciado Alonso de Barrio Nuevo veays las dhas sentencias difinitivas en el dicho pleyto entre las dichas partes e sobre razon de lo suso dicho ansi por los dichos nuestros alcaldes de los hijos dalgo como en vista y grado de revista por los dhos nro presidente e oydores dadas e pronu
REX QUI SEDET IN SOLIO IUDICII DISSIPAT OMNE MALUM IN TUITU SUO
PROVERBIO SALOMONIS CAP XX

Página de un manuscrito decorada con diversas miniaturas en la que aparece un retrato de Felipe II en 1588, contemporáneo de la Invencible (Archivo de la Casa Heredia-Spínola, Madrid)

res pequeños, con que se va muy a priessa acabando la labranza y crianza... Se podrá temer por aquí el caerse todo de golpe... por falta de hazienda...

No es que al rey no le preocupara la situación de sus súbditos. En su respuesta a esta carta admitía que eran malos tiempos: *Me duele mucho ver el estado en que está la cristiandad.* Pero no se podía hacer nada al respecto. Los impuestos, motivo fundamental de la despoblación según Vázquez, eran necesarios para financiar las guerras contra los protestantes en Inglaterra, Francia y los Países

El Rey se divierte

Aunque Felipe II disfrutaba mucho en compañía de su familia, también era feliz en las largas épocas que decidía estar solo en el campo o en sus palacios rodeado de los tesoros que había ido coleccionando. Un día soleado a principios de 1565 decidió escapar del tedio de la corte, avisando a su secretario:

Paréceme que haze tan buen tiempo que no es de perderlo. Y asi me quiero ir esta tarde al Pardo, y mañana al Escurial... ¡Y dela ida al Escurial no digáis nada hasta que yo sea partido!

(Biblioteca Británica, *Ms. Adicional* 28,350 fo. 173, Felipe II a Pedro de Hoyo, 4 de febrero, 1565, olófrafo.)

Al rey le entusiasmaban los jardines y edificios de sus palacios, y siempre quería saber de ellos cuando estaba de viaje. En 1562 por ejemplo, escribió a uno de sus secretarios para hacerle una retahíla de preguntas sobre sus palacios preferidos:

Informaos como están los faisanes que tiene [en la Casa de Campo] y si será menester algo para ellos, y si será mejor soltarlos todos o parte, o tenerlos allí, y avisadme dello. Y si ha apedreado algo en la huerta de las posturas y simientes, y cómo va esto. Y a Aranjuez escribid que avisen de lo mismo y de las hayas y si se oyen los francolines...

(Instituto de Valencia de Don Juan, *Envío* 61 fo. 1, Felipe II a Pedro de Hoyo, sin fecha pero de 1562, ológrafo.)

Pero las obras siempre le daban quebraderos de cabeza. Había veces que a Felipe le daba la sensación de que los hombres que trabajaban en sus palacios o eran demasiado activos o no lo eran en absoluto. En 1564 en el Bosque de Segovia se quejaba:

La campana no se pone y oy anda el relox del lugar más de media hora trasero, y así se perdera de la obra. Hazelda poner, y que se goviernen por el relox del sol del patio.

Quería que sus trabajadores comenzaran la jornada a las siete en punto... excepto los días que él estuviera allí. Entonces todo el mundo debía guardar silencio hasta que el rey se despertara:

Porque agora duermo en my cámara primera, donde está la cama azul, haréis que hasta las ocho no ay golpes ni ruydo grande en la alcobilla y en el cubillo.

(Biblioteca Británica, *Ms. Adicional* 28,350 fo. 157, Pedro de Hoyo al rey, y constestación, 7 de agosto, 1564, ológrafo: idem, Biblioteca de Zabálburu, *Caja* 146 fo. 100 idem, noviembre, 1566, ológrafo.)

Pero reservaba los peores ataques de mal humor para sus arquitectos. Cuando Felipe se enteró de que el arquitecto Juan Bautista había alterado los planes que él había aprobado para el palacio de El Bosque de Segovia, se presentó allí rápidamente. Y no le gustó nada lo que vio.

Yo he llegado aquí esta tarde donde he hallado hecho harto menos de lo que pensé y de lo que quixera. ...En fin yo no he podido dexar de amohinarme un poco y así he jurado de si no está esto acabado para [el] xv que viene, de no venir aquí ni traer a nadie sino de irme a Madrid o a otra parte... Esto no conbiene. Y ya véis que sería verguença a lo menos suya que en lugar de acabarlo todo, como pensé primero y lo tenía ordenado hasta arriba con necesarios y todo, no acabasen agora esto que no es aún la mytad.

(Instituto de Valencia de Don Juan, *Envío* 61 fos. 85-6, Felipe II a Hoyo, agosto de 1565, ológrafo.)

Bajos. *No son materias estas para poder descuydar dellas...* argumentaba el rey y añadía que *ir lo que va de la religión en ello, que se ha de posponer a todo.*

El lema de la política exterior de Felipe II siempre fue *La religión es lo primero.* Pero sus ejércitos cada vez sufrían más derrotas y eran más costosos, lo que hizo que las Cortes de Castilla mostraran su descontento. Se opusieron a todas las solicitudes de nuevas contribuciones entre 1592 y 1601, argumentando que el empobrecimiento del país era tal, que se hacía imposible obtener más ingresos a través de los impuestos. Asimismo le suplicaron al rey que *con mucha instancia antes de tratar a otra cosa, se sirva de mandar moderar los gastos de la guerra.* Un diputado incluso llegó a afirmar que *aunque las guerras de Flandes, e Inglaterra y Francia son santas y justas, se debe suplicar a vuestra magestad que cesen en la forma en que se pudiera.* Felipe nunca soportó este tipo de crítica y ordenó que las Cortes fueran amonestadas por su insolencia. Dio instrucciones a un ministro para que les dijera a los diputados lo siguiente: *Los diputados, pues, pueden y deben fiar de mi y del amor que tengo a estos reynos y larga experiencia del gobierno de ellos, que siempre hago lo que más conviene en beneficio de ellos, y en esta conformidad les hablé largo... con aconsejarles que por ningún caso traten de venirme con semejante respuesta.*

Esto demuestra que si el monarca prolongó el sufrimiento de sus súbditos para llevar a cabo sus objetivos políticos, no fue porque ignorara la situación y las posibles consecuencias, sino que era una decisión meditada. Creía firmemente que nunca se debe negociar con herejes ni hacer tratos con rebeldes. Pretendía obtener una victoria absoluta, sin importarle el precio ni el tiempo que costase, para establecer después sus convicciones. Era incapaz de contemplar siquiera la idea de un compromiso que pudiera arriesgar su autoridad o las pretensiones de la Iglesia católica: *Preferiría perder cien vidas si las tuviera, que gobernar sobre herejes.*

No es preciso echar mano de la versión de Motley sobre la depravación de Felipe para entender esta firme determinación. Quizá un diplomático unitario de Boston, Massachusetts, no pueda comprender la honda fe de un autócrata católico. Pero no parece necesario ir más allá de las convicciones religiosas y del temperamento absolutista para explicar la mayoría de los actos del monarca español. En 1574 un agudo observador inglés escribió sobre la guerra en los Países Bajos que *el orgullo del Gobierno español y la defensa de la religión* eran *el principal obstáculo para un buen acuerdo.* No era *un débil con poder,* como escribió Marañón, sino un hombre de rígidas creencias con un poder supremo.

Más de una vez su fervor religioso hizo que prevalecieran sus principios sobre el sentido común, fundamentalmente en ocasiones en que estuvieran involucrados los protestantes —fueran franceses, ingleses u holandeses. Pero en esto no era más que un producto típico de su época. La mayoría de los soberanos de entonces actuaban del mismo modo. Las únicas excepciones fueron Isabel I y Guillermo de Orange, no Felipe II.

NOTAS

(1) Este artículo se basa en mi obra *Felipe II,* Alianza Editorial, Madrid, 1984. La mayoría de las citas tomadas de los documentos de la Colección Altamira (ver pág. 2) se pueden encontrar en este volumen con todas las referencias.

(2) Véase L. Micheli, *Inventaire de la Collection Edouard Favre,* París, 1914; A. Mosquera, *La familia de Zabálburu-Basabe-Mazarredo,* Madrid, 1985; G. de Osma, *Instituto de Valencia de Don Juan. Memoria 1916,* Madrid, 1916; y una comunicación personal del Sr. Peter Barber del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Británica.

(3) Véase C. Morterero Simon, *Archivo del Palacio de Oriente de Madrid. Inventario-guía del fondo documental,* Madrid, 1975, pp. 11-13.

(4) Véase A.W. Lovett, "Juan de Ovando and the Council of Finance, 1573-5", en *The Historical Journal,* XV, (1972), pp. 1-21; idem, "The Castilian Bankruptcy of 1575", *loc. cit.,* XXIII, (1980), pp. 899-911; y M. Philippson, *Ein Ministerium unter Philipp II. Kardinal Granvela am spanischen Hofe 1579-86,* Berlín, 1895.

(5) AGS *Estado* 1049 fo 107, Felipe II al virrey de Nápoles, 13 de febrero, 1559, minuta. Hay que señalar que se envió la misma Instrucción a todos los ministros de la Corona.

(6) Biblioteca de la Casa de Heredia Spínola, Caja 141, fo 108, Felipe II a Mateo Vázquez, 1 de mayo 1586. *Terrible cosa es esto de embiar las cartas a mys manos, que para solo abrirlas no ay tiempo muchas vezes; y así no sirve sino que dilatar los negocios porque estas dos cartas ha dias que tengo, y no las he podido abrir hasta agora.* A todo el que se mostrara muy persistente, se le ordenaba que desistiera de escribir al rey.

(7) Dos ejemplos bastan para demostrarlo: la tesis de P.D. Lagomarsino, *Court factions and the formation of Spanish policy towards the Netherlands 1559-1567,* Cambridge University, 1973, donde se ve claramente la influencia que tuvo Fray Lorenzo de Villavicencio sobre Felipe II en la cuestión de la herejía en los Países Bajos; y A. J. Loomie, *The Spanish Elizabethans. The English exiles at the court of Philip II,* New York, 1963, cap. 3 sobre Hugo Owens.

Cronología

	ESPAÑA Y AMERICA	EUROPA
1527	Nace en Valladolid el príncipe Felipe, que será futuro rey con el nombre de Felipe II. Legislación particular para el Señorío de Vizcaya. En las Cortes de Valladolid, separación de los brazos nobiliar y real.	Saco de Roma por las tropas imperiales. Prisión y fuga del papa Clemente VII. Muerte del condestable de Borbón. Intervención francesa en Italia.
1528	Concordia con los moriscos en el reino de Aragón. Se aplaza la intervención inquisitorial contra los conversos.	Fracaso del sitio francés a Nápoles por la defección del almirante Andrea Doria.
1529		La Paz de Cambray o de las Damas pone fin a la guerra con Francia. La Conferencia de Bolonia reparte el territorio italiano. Ofensiva antiprotestante en Alemania: Dieta de Spira.
1530	Comienzo de la campaña de conquista del Imperio de los Incas, dirigida por Francisco Pizarro.	Publicación de la obra de Miguel Servet. Fernando, hermano del emperador, Rey de Romanos.
1532		Pacificación en Alemania por la tregua de Nuremberg.
1534	El hidalgo vasco Iñigo de Loyola funda la Compañía de Jesús.	Se constituyen los *tercios,* que sostendrán la presencia hispana en Europa.
1535	Creación del Virreinato de Nueva España. Fundación de la ciudad de Lima. Fernández de Oviedo publica su *Historia de las Indias.*	Expedición contra Túnez y Argel. Abatido el poderío de Barbarroja.
1536	Publicación del *Diálogo de la Lengua,* de Valdés.	Tercera guerra con Francia. Enfrentamientos en Saboya y Provenza.
1538	En Toledo, nueva organización de las Cortes. Instalación de la primera imprenta en México.	La Tregua de Niza pone fin a la guerra con Francia. Finalizan las incursiones turcas en la costa.
1539	Fallece en Toledo la emperatriz Isabel, madre del príncipe Felipe.	
1540	Brotes de protestantismo en Sevilla. Muerte del pensador Luis Vives.	Represión de una sublevación en los Países Bajos. El Papa reconoce a la Compañía de Jesús. Felipe recibe de su padre el ducado de Milán.
1541	Con la muerte de Valdés, debilitamiento de los sectores reformistas en España e Italia.	Fracaso de la expedición española contra Argel. Actividad antifrancesa de la diplomacia de Carlos V.
1542	Promulgación de las *Leyes Nuevas de Indias.*	Cuarta guerra con Francia. El papa Paulo III fortalece a la Inquisición española.
1543	El príncipe Felipe es nombrado regente de los reinos hispánicos, y contrae matrimonio con María de Portugal. Creación del Consulado de Mercaderes en Sevilla.	Las fuerzas franco-turcas ocupan Niza. Alianza hispano-inglesa.
1544	Establecimiento en España de la Compañía de Jesús.	Paz de Crépy sobre cuestiones italianas.
1545	Nacimiento del príncipe don Carlos.	Inauguración del Concilio de Trento.
1546		Inicio de la guerra contra los protestantes alemanes. Muerte de Lutero.

	ESPAÑA Y AMERICA	EUROPA
1547	Nacimiento de don Juan de Austria en Ratisbona.	Victoria imperial en Mühlberg. Enrique II, rey de Francia, y Eduardo VI, rey de Inglaterra.
1548	Enfrentamiento entre Melchor Cano y los jesuitas.	Dieta de Augsburgo.
1549	Felipe jura como heredero de los Estados de Flandes. Los jesuitas extienden su campo de acción a Brasil.	
1550	Continúa el flujo de materiales preciosos procedentes de las Indias.	Contención de la nueva ofensiva turco-berberisca dirigida por Dragut. Trípoli, ocupada en 1551.
1552	Publicación de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* de Bartolomé de las Casas.	El rey francés pacta con los protestantes alemanes. Quinta guerra hispano-francesa.
1553	El Tribunal de la Inquisición consigue la completa independencia jurídica.	El médico español Miguel Servet es ejecutado en Ginebra por el régimen calvinista. María Tudor, reina de Inglaterra.
1554	Felipe, rey consorte de Inglaterra por su matrimonio con María Tudor. Difusión en Castilla de las doctrinas protestantes. Publicación del *Lazarillo de Tormes.*	Felipe, rey de Nápoles por cesión de su padre.
1555	Revueltas en Aragón por cuestiones religiosas.	Dieta de Augsburgo: libertad religiosa para los príncipes alemanes. Felipe, monarca de los Países Bajos.
1556	Carlos V renuncia al trono: disgregación de sus dominios. Felipe II, rey de España, Flandes, Sicilia e Indias. Carlos se recluye en Yuste.	
1557	Profunda bancarrota de la Hacienda Real española. Expansión de las doctrinas reformistas en Andalucía.	Victoria española en San Quintín.
1558		Victoria española en Gravelinas. Muerte de María Tudor: Isabel, reina de Inglaterra.
1559	Autos de fe en Valladolid y Sevilla. Inicio del proceso contra el arzobispo Carranza. Felipe II contrae matrimonio con Isabel de Valois.	Paz de Cateau Cambresis con Francia.
1562	Prosigue la represión de las actividades protestantes en Castilla y Andalucía.	Rebrote de la violencia en los Países Bajos.
1563	Juan de Herrera inicia la construcción del monasterio de El Escorial. Enfermedad de don Carlos.	Egmont y Orange encabezan la rebelión en los Países Bajos.
1564	Conquista del peñón de la Gomera.	Finalización del Concilio de Trento.
1565	Endurecimiento de las medidas contra los moriscos.	Agravamiento del conflicto en los Países Bajos.
1567	Nuevas medidas contra los moriscos. Don Carlos, presidente del Consejo Real de Castilla.	Envío a Flandes del duque de Alba.
1568	Detención y muerte del príncipe don Carlos. Insurrección de los moriscos en La Alpujarra, que volverá a brotar al año siguiente.	En Flandes, ejecución de Egmont y Hoorn; agravamiento de la situación. Destronamiento y prisión de María Estuardo, reina de Escocia. Tensión hispano-inglesa.

	ESPAÑA Y AMERICA	EUROPA
1570	Cuarto matrimonio de Felipe II con su sobrina, Ana de Austria. *La araucana*, de Alonso de Ercilla. Fundación de la ciudad de Manila en las islas Filipinas.	Amnistía para los rebeldes flamencos. Formalización de la liga antiturca.
1571	Aplastamiento final de la insurrección morisca. Dispersión de los moriscos por varias regiones. La Inquisición comienza a funcionar en las Indias.	La liga de España, Venecia y el Papado vence a los turcos en Lepanto. Nuevas rebeliones en los Países Bajos.
1572		Unión de Dordrecht y triunfos rebeldes en los Países Bajos. Ruptura de relaciones con Inglaterra.
1573		Requesens sustituye al duque de Alba y entabla negociaciones con el príncipe de Orange.
1574	Abolición del Tribunal de la Sangre.	Saqueo de Amberes y fracaso en Leyden. Pérdida de Túnez y La Goleta.
1575	Nueva quiebra de la Real Hacienda.	
1576	Don Juan de Austria, nombrado gobernador de Flandes.	Declaración de independencia de Holanda y Zelandia. Católicos y protestantes, unidos contra los españoles.
1578	Oscuro asesinato de Escobedo. Nacimiento del futuro Felipe III.	Muerte de don Juan de Austria. Alejandro Farnesio le sucede en el cargo. Muere don Sebastián de Portugal.

La flota de la Armada en el Canal de la Mancha, 1588



	ESPAÑA Y AMERICA	EUROPA
1579	Prisión de Antonio Pérez y de la princesa de Eboli. Apertura del primer teatro permanente en Madrid.	Triunfos bélicos en Flandes. Apoyo español a los católicos irlandeses.
1580	Felipe II, rey de Portugal. Las fuerzas del duque de Alba penetran en el país. Bernal Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Segunda fundación de la ciudad de Buenos Aires.	El duque de Anjou, rey de Holanda con apoyo de Francia.
1581	Felipe II en las Cortes portuguesas de Thomar.	Publicación de la *Apología de Guillermo de Orange.*
1583	Conclusión de las obras de construcción de El Escorial.	Planes para una invasión marítima de Inglaterra.
1584		Pacificación de Valonia. Asesinato de Guillermo de Orange.
1585	Sublevación campesina en Aragón. Teresa de Jesús: *Camino de perfección.*	Exitos políticos españoles en los Países Bajos.
1586	La Inquisición contra la Compañía de Jesús. El Greco: *El entierro del conde de Orgaz.*	Inglaterra interviene en la cuestión de Flandes. Mauricio de Nassau, cabeza de los insurrectos.
1587	La escuadra de Drake ataca Cádiz.	Ejecución de María Estuardo. Se concreta la invasión española de Inglaterra.
1588	Creación del Consejo de la Real Cámara. Enfrentamiento entre jesuitas y dominicos por cuestiones doctrinales.	Fracaso de la *Empresa de Inglaterra,* y desastre final de la Gran Armada.
1589	Fracasados ataques ingleses contra La Coruña y Lisboa.	Conflictos civiles en Francia entre católicos y protestantes. Intervención española e inglesa.
1590	Huida de Antonio Pérez a Aragón y publicación de su condena a muerte. *Memorial* contra el rey.	Alejandro Farnesio actúa en Francia apoyando al bando católico.
1591	Alborotos en Aragón, y fuga de Pérez a Francia. Ejecución del Justicia de Aragón y fin de la agitación.	
1592	Importantes medidas legislativas adoptadas por las Cortes de Tarazona. El padre Mariana publica su magna obra de Historia de España.	Derrotas españolas en los Países Bajos. Muerte de Farnesio.
1593	Reglamento del Consejo de Hacienda castellano. Inicio de la etapa de mayor apogeo de la importación de materiales preciosos de las Indias.	Enrique de Navarra abjura del protestantismo para poder reinar en Francia.
1595		Conflicto abierto entre España y Francia. A ésta la apoyan Inglaterra, Holanda y los demás Estados protestantes.
1596	Bancarrota de la Hacienda Real de Castilla. La armada angloholandesa ataca Lisboa y saquea Cádiz.	
1597		Organización de una nueva armada contra Inglaterra. Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, gobernador de los Países Bajos.
1598	Felipe II muere en El Escorial. Felipe III, rey.	España y Francia firman la paz de Vervins.

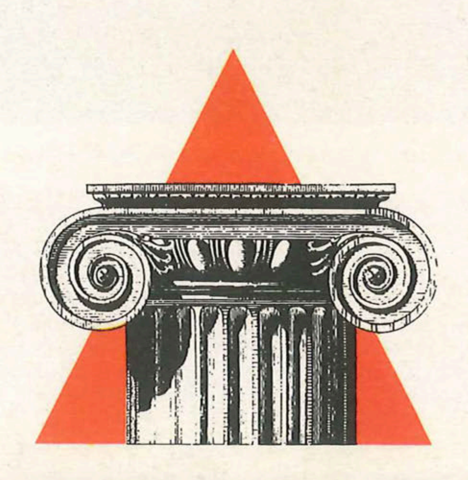


Felipe II (retrato flamenco anónimo, Museo de Bellas Artes de Valencia)

Bibliografía

Benassar, B., *La España del Siglo de Oro*. Barcelona, Crítica, 1983. Casado, J. L., *Los barcos españoles del siglo XVI y la Gran Armada de 1588*. Madrid, San Martín, 1988. Cerezo, R., *Las armadas de Felipe II*. Madrid, San Martín, 1989. Chudoba, B., *España y el Imperio*. Madrid, Rialp, 1963. Domínguez Ortiz, A., *España, desde Carlos V a la Paz de los Pirineos*. Barcelona, Grijalbo, 1974. Elliott, J. H., *La España imperial*. Barcelona, Vicens Vives, 1980. Elton, G. R., *La Europa de la Reforma*. Madrid, Siglo XXI, 1984. Fernández Alvarez, M., *La sociedad española del Siglo de Oro*. Madrid, Editora Nac., 1984. Gómez-Centurión, C., *La Invencible y la empresa de Inglaterra*. Madrid, Nerea, 1988. Ibarra, E., *España bajo los Austrias*. Barcelona, Labor, 1979. Le Flem, J. P. y otros, *La frustración de un Imperio*. Barcelona, Labor, 1984. Lynch, J. E., *España bajo los Austrias*. Barcelona, Península, 1973. Márquez, A., *Los alumbrados*. Madrid, Taurus, 1972. Martin, C. y Parker, G., *La Gran Armada, 1588*. Madrid, Alianza, 988. Mauro, F., *Europa en el siglo XVI. Aspectos económicos*. Barcelona, Labor, 1976. Parker, G., *Felipe II*. Madrid, Alianza, 1984. Id., *El ejército de Flandes y el Camino Español*. Madrid, Alianza, 1985. Spivakovski, E., *Cartas de Felipe II a sus hijas*. Madrid, 1975. Thomson, I. A. A., *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias*. Barcelona, 1981. Trevor Astor, T. (ed.), *Crisis en Europa*. Madrid, Alianza, 1983. Trevor Davis, R., *El gran siglo de España*. Madrid, Akal, 1973. Wallerstein, I., *El moderno sistema mundial*. Madrid, Siglo XXI, 1979.

Plan General de Bienes Culturales



Consejería de Cultura
JUNTA DE ANDALUCIA



Felipe II (grabado de Morin, según Tiziano)

Felipe II

Textos

CUADERNOS historia 16

Asuntos familiares

EL ejemplo y la influencia de su padre, y las costumbres relajadas de la Corte de Borgoña, suavizaron el carácter algo duro de Don Felipe, convirtiéndole en el monarca paciente, cortés y calculador que conocemos por descripciones posteriores. Pero en la relación con sus parientes más cercanos, a menudo surgía su antigua frialdad.

No se puede negar que el rey tuvo que afrontar duros problemas familiares. Para empezar, sus cuatro esposas murieron antes que él. La primera, María de Portugal, murió sin dejar más heredero que el enfermizo Don Carlos y la segunda, María Tudor, no le dio hijos. No le quedaba más remedio que casarse de nuevo para asegurar su sucesión, por lo que le propuso matrimonio a Isabel Tudor, hermana de su segunda mujer. Pero lo hizo sin ningún entusiasmo. Mientras esperaba la respuesta, escribió a uno de sus concejales diciendo que se sentía como «un hombre sentenciado»: «Yo os digo que yo no me determynara en lo que allí veréis por ninguna cosa del mundo ni temporal: para ver si esta estorva a esa señora [Isabel Tudor] los propósitos que lleba en la religión lo hago, y por servicio de dios... Avisadme a menudo de lo que pasare, porque quedo como un hombre sentenciado, esperando lo que a de ser del. Y creed quan contento sera de lo uno como de lo otro» *(Archivo de la Casa de Medinaceli, Sevilla: caja 7 legajo 249, nos. 11-12: Felipe II al conde de Feria, Bruselas, 10 de enero, 1559; ológrafo.)*

Unas semanas después de que le rechazara la nueva reina de Inglaterra, el rey se casó con Isabel de Valois y vivió feliz durante ocho años, hasta que ella murió de parto. Entonces veía la perspectiva de un nuevo matrimonio con menos entusiasmo, si cabe: «Quisiera yo mucho escusar el tratarse de mi casamiento, porque haviendo perdido la compañía que perdí y teniendo desto el tierno y fresco dolor y sentimiento que tengo, me fuera parte de consuelo muy conforme a mi voluntad el poderme quedar assí; más que hallándome en lo de la sucessión en el estado que me hallo, y ella podrá bien considerar la obligación que los príncipes tenemos a nuestros reynos en cuanto a esto, no puedo dexar de cumplir y satisfacer a la instancia que ya se me ha comenzado a hazer sobrello.» *(A. GONZALEZ DE AMEZUA Y MAYO, «Isabel de Valois», ii [Madrid, 1949], 530n, Felipe II a su embajador en Francia, 2 de abril, 1569.)*

Para empeorar las cosas, su hijo y heredero, Don Carlos (1545-68) resultó ser un desequilibrado y Felipe se vio obligado a ordenar que le arrestaran y encarcelaran. El rey le explicó su decisión al Papa en unos términos que carecían de cualquier sentimiento de compasión o afecto: «[la] causa no había sido la pasión, ni culpa del mismo príncipe, ni propósito de corregirle o enmendarle, pues si esto me hubiera movido, hubiera tomado otros medios sin llegar a este extremo... Pero como por culpa de mis iniquidades, ha placido a dios que el prínicpe tenga tantas y tan grandes faltas, en parte mentales, en parte propias de su natural constitución, faltándole por completo las condiciones necesarias para el gobierno, viendo yo los gravísimos inconvenientes que se ofrecían dándole la sucesión, y los evidentes peligros en que caería todo, después de largo y especial experimento, y usado en balde todos los medios, siendo evidente que poco o, mejor, nada se podía esperar de su persona para impedir a tiempo los males que razonablemente se preveían, fué necesario, por fin, seguir este consejo.» *(F. FERNANDEZ y FERNANDEZ DE RETANA, «España en tiempo de Felipe II» [Madrid, 1969], i, 764-5: Felipe II a Pío V, 9 de mayo, 1568.)*

Hay ocasiones en que también se puede ver esta falta de sensibilidad en la relación que tenía con sus otros hijos. En 1575, Don Fer-

nando, que tenía cuatro años y por aquel entonces era su hijo mayor, cayó enfermo y se negó a comer los platos especiales que se le preparaban. Los médicos le suplicaron a Don Felipe que fuera al lecho del niño y le animara a comer, pero se negó: «En la edad que tiene, no creo que me tendrá mucho respeto para lo del comer; que si es por myedo, mas tendrá a su ama. Y no tiene tantos años... para que le aprovéchase el ir yo allá.» [*] *(Instituto de Valencia de Don Juan, «Envío» 51 fo. 170, Mateo Vázquez al Rey, y contestación, 20 de julio, 1575; y «Envío» 21 fo. 576, ibid., 21 de julio, 1575, ambos ológrafos.)*

Sin embargo casi siempre destacó como un padre perfecto. La correspondencia que mantuvo con sus hijas, Isabel (1566-1633) y Catalina (1567-1597), mientras estaba en Portugal, muestra al rey como un hombre familiar y relajado. Cuando llegaba a Lisboa una carraca desde la India por ejemplo, en seguida mandaba una carta a sus hijos describiéndola con todo detalle: «No sé lo que traerán: solo he savido que viene en esta nao un elefante que embía a vuestro hermano el visorey que embié a la India, desde Tomar, que hera ya llegado allá y llego a buen tiempo, porque hera muerto el que allá estava, digo el visorey que allá estava. Decid a vuestro hermano esto del elefante y que le tengo un libro que embiar en Portugués, para que por él le aprenda, que muy bueno sería que lo supiese ya hablar; que muy contento vino Don Antonio de Castro [de Madrid] de las palabras que le dixo en Portugués, que fue muy bien si asi fue. Y ya esta es muy larga para conbaleciente y flaco. Y dios os guarde como deseo, vuestro buen padre.» *(F. J. BOUZA ALVAREZ, «Cartas de Felipe II a sus hijas», [Madrid, 1988], 73: Felipe II a las Infantas, 20 de julio, 1582.)*

A veces Felipe II pensaba en voz alta, quejándose de que se estaba haciendo viejo y perdía la memoria: «Aca han escrito que a vuestro hermano chico [el futuro Felipe III] le avía salido un diente: paréceme que tardava mucho, para tener ya tres años, que oy los cumple, que se bautizó, como se os acordará; y estoy en duda si son dos o tres, y creo que tres y que deve estar lindo como decís. También estoy en duda quanto cumple el mayor en julio, aunque creo que son seis. Avisadme lo cierto dello, y dios os guarde a vosotras y a ellos como deseo.»

«Agora he visto la carta en que me decís que os avía ya escrito otra vez de las ventanas que my hermana tiene en la capilla, y también lo avía dicho en esta carta, de manera que con esta os lo he escrito tres vezes; y por ahí veréis qual deve andar la cabeza con tantas cosas como la cargan.» *(Ibid., pp. 45 y 70: Felipe II a las Infantas, 1 de mayo y 4 de junio, 1582.)*

Y cuando en 1585 Catalina abandonó España para convertirse en la duquesa de Saboya, su padre siguió mandándole unas cartas dulces y solícitas. En junio de 1588, por ejemplo, escribió lo que sigue: «Ayer hizo tres años que os embarcastes, y que no os veo, que no me ha dado agora poca soledad; y sé que con razon la puedo tener de vos, por lo que me quieres y yo os quiereo.» *(Ibid., 124: Felipe II a la Infanta Duquesa Catalina, 14 de junio, 1588.)*

(*) En defensa del rey se puede decir que el príncipe se puso enfermo en un mal momento. Además del desastre que estaba suponiendo la guerra en el Mediterráneo y en los Países Bajos, mientras Fernando estaba postrado en la cama, murió su hermano pequeño (Carlos Lorenzo) y esto hizo que la reina perdiera el hijo que esperaba, a quien bautizaron póstumamente Don Diego.

El rey y su trabajo

SE ha dicho que Felipe II gobernaba de una manera «confusa y autoritaria» para que nadie supiera tanto sobre su gobierno como él. Pero en realidad el sistema era relativamente sencillo y claro: «Despachaba en esta manera. Sentábase Su Majestad a su mesa, donde llegaba el Secretario con los papeles. Y sentándose en un banquillo hacía relación a Su Majestad de lo que contenían las cartas y memoriales reservados de cosas graves. Y entendido por Su Majestad, mandaba en cada cosa lo que era servido. Y advirtiendo el Secretario lo que se le ofrecía, asentaba allí luego en un borrador las deliberaciones que tomaba Su Majestad, y después formaba de ellos billetes para los presidentes o ministros a quién tocaba de parte de Su Majestad... Y si el negocio era grave conforme a la calidad de él, iban los billetes escritos de mano del Secretario y rubricados de la de Su Majestad...

Las consultas despachaba Su Majestad en esta forma: que leía el Secretario lo sustancial de ellas con el parecer del Consejo, y Su Majestad habiendo entendido lo que contenían tomaba la resolución en cada una que mejor le parecía, en presencia del Secretario. Y ésta la escribía el Secretario en un papel aparte, y depués, con las más breves, claras y sucintas razones ponía en las mismas consultas, en cada una, un decreto de su mano, que después rubricaba Su Majestad de la suya.» *(Biblioteca Británica, «Ms. Egerton» 329 fos. 8-10, «Estilo que guarda el Rey».)*

El monarca era ante todo un burócrata. Aunque al comienzo del reinado dirigió a su ejército en la campaña que culminó en la gran victoria española de San Quintín, más adelante se convenció de que era mejor dar las órdenes desde la retaguardia. Y cuando en 1586 su yerno Carlos de Saboya, decidió ir a la guerra, el rey se opuso firmemente. «El duque no se ha de hallar presente ni aun cerca. Y aunque me mueve algo a ello lo que le deseo la vida y lo que a vos os conviene que la tenga, creed que se mueve mucho más lo que toca a su reputación, porque si se sale con el negocio, se la daría tan grande hallarle él ausente como presente, y aún quizá mayor estando ausente; y sino se saliese con lo que se pretende, como podía ser, pues estas cosas estan en las manos de dios y no de los hombres, sería mucha más desreputación suya, sin comparación, hallándose presente, antes en este caso sería mucha, y estando ausente no sería ninguna.» *(BOUZA ALVAREZ, «Cartas de Felipe II a sus hijas», 114: Felipe II a la Infanta Duquesa Catalina, el 27 de agosto, 1586.)*

Sin embargo en su despacho Felipe era incansable. Se enfrentaba con los problemas sin importarle la dificultad, hasta que encontraba una solución aceptable. Aun así había ocasiones en que la complejidad de los asuntos relativos a la Hacienda pública le superaba. Esto de cambios y intereses nunca me ha podido entrar en la cabeza *—escribía en 1580—,* que nunca lo acabo de entender. *Pero lo intentaba. Por ejemplo, en 1577 no conseguía comprender un importante memorándum sobre la deuda pública en España e informó a su secretario Mateo Vázquez como sigue:* Cierto que no entiendo palabra dello, y así no sé que me haga. No sé si sería bueno comunicarlo a alguno, pero tampoco sé a quién. Y el tiempo corre. Avisadme lo que os pareciera o si sera bien que yo le oya [al autor], aunque temo no entenderlo, más todavía no creo sería malo con el papel en la mano. *(Biblioteca Británica, «Ms. Adicional» 28,699 fo. 103, Felipe II a Mateo Vázquez, 22 de abril, 1577, ológrafo.)*

El rey y la religión

TANTO *si estaba supervisando la marcha de unas obras como si estaba en su despacho, Felipe II siempre se encontraba cerca de Dios. Su fe era personal y política, porque apenas distinguía entre su propia causa y la de Dios. «Para el servicio divino y mío» era una frase que decía con frecuencia. Creía firmemente que estaba desempeñando la labor de Dios en la tierra y, por lo tanto, Dios estaba de su parte. Por eso cuando los protestantes franceses se lanzaron a la guerra en 1562 para que su gobierno garantizara la tolerancia religiosa, el rey decidió que su intervención era imprescindible para salvaguardar la causa católica porque:* «En las cosas de Francia no tengo más que deciros de lo que habréis visto... sino que me hazen estar con tanto cuydado como es razón, yendo en el negocio lo que va, así al servicio de Dios como a todo lo demás: y esto me ha hecho de poder dejar de ayudar a los cathólicos, aunque ha venido bien mal a propósito lo que allí se gastará... cierto me parece que ni al servicio de Dios, qu'es lo principal, ni al myo ni al bien de mis Estados, conviene dexar de ayudar á los católicos. Bien veo que se aventura algo en ello, mas cierto se aventura mucho más en dejar que prevalezcan los hereges; que si lo hazen, estamos ciertos que todo su negocio ha de ser contra my y contra mys Estados, para que no sean como ellos: lo que yo no tengo de consentir ni disimular jamás, aunque me costase cien mil vidas, si tantas tubiese.» *(L. P. GACHARD, «Correspondance de Marguerite d'Autriche, duchesse de Parme, avec Philippe II», II [Bruselas, 1870] Lxiif, Felipe II a «Madama» 15 de julio, 1562.)*

Doce años después también se levantaron sus propios súbditos protestantes en los Países Bajos, pidiendo (entre otras cosas) la tolerancia religiosa. Y el rey comparó una vez más, su política con los fines divinos, como se ve en la carta que mandó a uno de sus obispos. «Bolujendo a lo de Flandés, bien sé que no sera menester deciros y rogaros que lo encomendéis a Nuestro Señor, y que se lo hagáis encomendar en vuestro diocés... Y con esto espero en su misericordia que la tendrá de nosotros pues es suya la causa; y serlo y lo que se pierde de su servicio y religión, es lo que mas pena me da en estos negocios.» *(Biblioteca Británica, «Ms. Egerton» 1506 fos. 16-19, respuesta de Felipe II al obispo Quiroga, 8 y 16 de marzo, 1574, ológrafo.)*

Pero al ver que sus súplicas no eran atendidas, se empezó a desesperar. Dos meses después escribió: «[Tengo] por tan cierta como en este caso se podia tener la perdición de aquello [Flandes] y aún de lo demás, aunque espero que Dios que no lo permytirá ni quiera, por el daño que sería de su servicio, ya que nosotros no lo merezcamos. Mas es fuerte cosa y se sombra cada día en tal punto.» *(Instituto de Valencia de Don Juan, «Envío» 51 fo. 31, Mateo Vázquez al rey con respuesta, 31 de mayo, 1574, ológrafo.)*

Y su estado de ánimo no hizo más que empeorar tras la derrota de Armada. Felipe cayó en una profunda depresión, quizá porque finalmente tuvo que admitir su responsabilidad, al saberse la verdadera magnitud del desastre (alrededor de 70 navíos y 1.500 hombres desaparecidos). En noviembre de 1588 mandó una carta conmovedora a su secretario y capellán, lamentándose de la situación nefasta en que se encontraba su reino después del fracaso de La Felicíssima: «Yo os prometo que sino se vencen [estas dificultades] y se da forma en lo que tanto es menester, que muy presto nos havemos de ver en cosa que no querríamos ser nacidos. Yo a lo menos por no verla. Y si Dios no haze milagro (que así espero en él) que antes que esto sea, se ha de llevar para sí, como yo se lo pido, por no ver tanta mala ventura y desdicha. Y esto sea para vos sólo. Y plega a

Dios yo me engañe, más creo que no hago, sino que havemos de ver mas presto de lo que nadie piensa lo que es tanto de temer, si Dios no vuelve por su causa. Y esto bien se ha visto en lo que ha sucedido, que no lo haze que deve ser por nuestros pecados.» *(Biblioteca de la Casa de Heredia Spínola, Caja 145 folio 76: Felipe II a Mateo Vázquez, Madrid, 10 de noviembre 1588, ológrafo.)*

Pero el rey pronto recuperó la confianza y decidió continuar la guerra contra Inglaterra y hacer un mayor esfuerzo para acabar con la rebelión de los Países Bajos. Su decisión no se vio afectada por la progresiva intervención española en Francia tras el asesinato de Enrique III en 1589; la causa divina era lo primero, a cualquier precio. Cuando los procuradores de las Cortes se opusieron a la subida de impuestos que necesitaba Felipe para sus guerras en Francia, Inglaterra y Países Bajos, el monarca les dijo que consultaran a los teólogos de Madrid. Y para estar seguro, les comunicó a los teólogos de Madrid lo que debían responder. «Es menester que... los teólogos de Madrid esten prevenidos, para que audiendo los procuradores del reyno a informarse, en siendo respondidos, los hallen enterados del caso y justificaciones que hay para acudir al remedio de las necessidades que se padecen.» *(«Actas de las Cortes de Castilla», XVI [Madrid, 1890], 195-7: Felipe II a Juan Vázquez de Salazar, 23 de julio, 1593.)*

Felipe II consideraba que en el servicio a Dios, no se podía dejar ningún cabo suelto.

Felipe II contra Antonio Pérez

EL REY

Instruccion de las cosas que vos D. Francisco de Borja y Centellas marqués de Lombay habeis de hacer en la comision y viaje á que por mi órden y mandado vais á Aragon.

Aunque siendo las cosas que en el reino de Aragon se ofrecen tan importantes y graves, se muestra bien la confianza que de vos se hace, en enviaros á ellas, he querido para mayor crédito y reputacion de la comision que llevais, daros las cartas en vuestra creencia que con esta se envian para todos los del reino, á fin de que sea notoria la estimacion que de vuestra persona hago, y con la generalidad que se escribe podais usar de las cartas como y de la manera que mas convenga, estendiendo la creencia para los fines y intentos que la variedad de los negocios y concurrencia de los sucesos y tiempos trujere y desde acá no se pudiere prevenir ni avisar.

Pues es tan notorio todo lo que en Aragon ha sucedido, particularmente los casos de 24 de mayo y 24 de septiembre, y la continuacion de las insolencias públicas y escandalosas en todos estos meses; no haurá para que tratar dello, sino solo deciros que el intento principal que en vuestra ida y en daros las dichas cartas se lleva es para que sepais encaminar y disponer lo que convenga con fin de continuar la benignidad y clemencia que como Rey y padre he procurado siempre usar con mis vasallos, particularmente con los del reino de Aragon por su antigüedad y fidelidad, y por el amor que por estos respetos les tengo. Y aunque he deseado darlo á entender en los sucesos que agora se han ofrecido con tanto mayor cuidado y demostracion cuanto los casos han sido mas graves y atroces; pero viendo lo que de mi benignidad se ha abusado, y el poco ó ningun reconocimiento que en los malos ha habido sin abrir camino á su propio remedio, habiéndose usado entre otros de dos tan eficaces como la larga espera que para el reconocimiento se ha

dado, y el procurar que con las mismas fuerzas del reino se reparase el respecto que á la justicia se ha perdido, han tomado ambas cosas para ocasiones de mayores tumultos, multiplicando inconvenientes y añadiendo delictos siempre mayores y mas nuevos, y en tanto número y de tal calidad que la obstinacion pide el remedio con el castigo della, en sus cabezas principales que han traido la ciudad de Zaragoza revuelta y el reino en tanto riesgo que ha sido forzoso acudir á los postreros remedios para poder cumplir con la obligacion que tengo de mantener á todos en justicia y guardar el respeto que se debe conservar al Santo Oficio de la Inquisicion en tiempos tan peligrosos, y el reino tan vecino á los herejes, reprimiendo con ejemplar castigo á los malos, para que los buenos vivan pacíficos, y el Santo Oficio de la Inquisicion y el ejercicio de los fueros del reino quede tan restaurado y libre que no se pueda padecer semejante opresion en lo presente ni venidero; y los buenos que son los mas salgan de tan notable vejacion como la que reciben. Y asi debeis en general esplicalles estas razones ó las que dellas os pareciere, para que entiendan las causas de lo que me mueve á la demostracion.[...]

Ireis al reino de Aragon con toda la mayor diligencia que fuere posible, la cual os encargo mucho. Habiéndola de hacer tal haureis de entrar en Aragon por la tierra de Ariza y comunidad de Calatayud, y por aquella ciudad adonde y en toda aquella tierra Antonio Perez ha tenido muchos valedores y amigos que se os advierte para que os sirva de aviso.

En habiendo entrado en aquel reino como se dice, habeis de hacer dos diligencias: lo uno tomar lengua de la parte adonde estuviere D. Alonso de Vargas mi capitan general, y luego despachar á él un correo con aviso de vuestra llegada y comision para que lo tenga entendido, y tendréis con él toda aquella correspondencia que para hacer buenos efectos es necesaria, avisándole siempre del estado en que tuviéredes las cosas y de su dispusicion: lo otro ha de ser despachar persona á la ciudad y comunidad de Daroca enviándoles las cartas que para ello llevais, explicando por escrito lo que de palabra les podíades decir, y escusando vuestra llegadda allá con la priesa de acudir á lo de Zaragoza, que tanto importa (...).

Y porque las cabezas de los escándalos pasados, con la gente que tienen seducida y engañada se han apoderado de las armas y puertas de la ciudad de Zaragoza, y con esto tienen oprimida aquella ciudad y consistorios, y van procurando dar á entender á la dicha gente que es contra sus fueros la entrada del ejército, y tratando tanto de oprimir los ministros como está dicho, podria ser, aunque no se cree, que los diputados ó corte del Justicia de Aragon convencidos de la fuerza hubiesen hecho alguna declaracion de que la entrada del ejército es contrafuero, ó hubiesen llamado á las universidades para ponerse en defensa, y que esta voz corriese ya por esas universidades por donde pasáredes. En tal caso les dareis á entender la opresion manifiesta en que estan en Zaragoza, y así el poco fundamento y caso que deben hacer desto, y como vos vais á procurar la libertad de los buenos y principalmente la de los dichos consistorios de los diputados y del Justicia de Aragon y de los demas: que así deben entretener el dar crédito á aquello, pues la fuerza es tan notoria y manifiesta.

Con los titulados y personas principales del reino habeis de tener particular correspondencia, tanto mayor con cada cual cuanto en él conociéredes mayor deseo de mi servicio, y cuanto fuere de mayor importancia y crédito para la conservacion de la quietud pública.

Y porque todos ó los mas dellos tienen muchos vasallos moriscos, y los de mala intencion andan sembrando entre otras novedades que han de ser desarmados, y oprimidos los moriscos, explicaréis á los dichos titulados, demás de lo general que arriba está dicho, en particular el vano fundamento que esto tiene, para que ellos lo den á entender á sus vasallos si necesario fuere, ó á las cabezas dellos, de manera que lo persuadan á los demas y tengan cuenta con su sosiego y el desengaño de la sombra que quisieren ponelles. Remíteseos esto para si viéredes que coviene, ó excusallo si entendiéredes que no será menester (...).

El Conde de Sástago tiene particular inteligencia con las principales cabezas que en el reino hay de los dichos moriscos. Está en Alcañiz ó en Ixar ó Cariñena: será bien envialle su carta y explicarle esto principalmente, y todo lo demas que os pareciere: que por haber sido mi lugarteniente general en aquel reino tantos años, tiene particular noticia de las cosas, y para ellas no hará daño el corresponderos con él y entender su parecer en lo que sufriere esta dilación (...).

Lo mismo que aquí se apunta de los otros titulados, se ha de hacer con el Duque de Villahermosa que asimismo tiene su tierra muy vecina á Zaragoza, y con él teneis la dispusicion que se sabe y mucho deudo para hacer los oficios que convenga del deudo con que con el dicho Duque teneis, y con D. Miguel de Gurrea; y con otras personas del dicho reino os procuraréis valer para los fines que aquí se dicen, encaminándolos por esta via y por todas las demas que se pudiere á todo lo que convenga.

La ciudad de Zaragoza se entiende que padece la opresion que arriba se dice. Informado de el punto en que aquello está, veréis lo que convendrá de vuestra entrada en ella. Y si no hubiere dispusicion ni seguridad para esto, podréis iros á alguna parte cómoda y cercana á la dicha ciudad como lo seria el monasterio de Santa Fé; y dentro ó fuera de la ciudad atenderéis con tanta mas particularidad al desengaño cuanto ha sido mayor el error que en algunos della ha habido.

Iréis recogiendo con mucha voluntad y muestras de agradecimiento y esperanza del que yo tendré, á todos los que allí os acudieren y se mostraren promptos y deseosos de mi servicio y del bien público; pues si en las otras partes del reino se os encomienda esto, en lo de Zaragoza es mucho mas necesario.

Avisaréis al Virey de vuestra llegada, y despues á todos los consistorios para los cuales se os envian cartas. Vos las daréis y procediendo en el dicho desengaño, con parecer del Virey Gobernador, Regente, asesor y advogado fiscal, personas de las audiencias, que vos tuviéredes por de mayor confianza, haciéndolos medio para evitar el rigor del castigo y persuadiéndoles para esto todo lo que al propósito conviniere, mostrándoles cuan en su mano tienen la benignidad y el rigor, y cuan ciegos estarán los que no atendieren al desengaño y á su quietud; y por esta via y por las demas que á vuestra prudencia se dejan se ha de ir negociando lo que tanto conviene y es el fin que en vuestra comision se pretende.

De todo lo que en ella fuéredes haciendo, y con vuestra buena diligencia y industria pudiéredes inquirir y saber, y de lo que segun el estado de las cosas os pareciere que conviene, me despacharéis correos y avisos muy á menudo escribiéndome con tanta particularidad, verdad y distincion todo lo que supiéredes cuanto veis que conviene y yo de vos lo confio. Datt. en el Pardo á 5 de noviembre 1591 —Yo el Rey— Vidit Frígola *Vicecancellarius. («Colección de documentos inéditos para la historia de España», t. 12, 491-498.)*